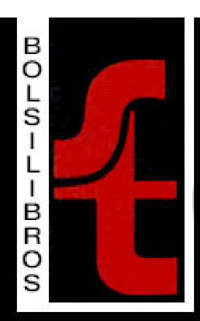


Selección

TERROR

LA ESFERA DE VIDRIO

RALPH BARBY

Hubiérase dicho que su rostro tenía mucho de chacal hambriento, un chacal sobre el asfalto de la gran ciudad, avanzando por la acera casi sin ver a nadie y eran muchos los que se cruzaban con él.



Ralph Barby

La esfera de vidrio

Bolsilibros: Selección Terror - 342

ePub r1.2
Titivillus 24.09.16

Ralph Barby, 1979
Ilustraciones: Antonio Bernal
Retoque de cubierta: liete

Editor digital: Titivillus
Digitalización: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Hubiérase dicho que su rostro tenía mucho de chacal hambriento, un chacal sobre el asfalto de la gran ciudad, avanzando por la acera casi sin ver a nadie y eran muchos los que se cruzaban con él.

Hombres, mujeres, niños, ancianos, más de uno se volvía hacia Shadow para lanzarle una mirada de enojo cuando no una queja mezclada con algún insulto.

Shadow caminaba como si toda la acera fuera suya y, sin embargo, su actitud no era la de avasallar sino de simple torpeza.

Avanzaba como un alucinado en la tarde londinense mientras el cielo oscurecía más y más y una lluvia fina, casi imperceptible, comenzaba a humedecer las calles.

Era alto, estrecho de hombros, y aún lo parecía más debido al color oscuro de su chaqueta, un color casi negro que casi nadie llevaba, salvo que fueran cazadoras de cuero según la moda imperante.

Shadow no seguía ninguna moda; su chaqueta estaba ajada y sucia, una chaqueta que era seguro no se había confeccionado para Shadow ni para sus medidas.

Los pantalones no eran del mismo tejido que la chaqueta, eran unos *blue-jeans* tan cortos para sus largas piernas que aun usando botas que le cubrían por encima de los tobillos, podían verse un par de pulgadas de la piel blanca de sus piernas.

Su aspecto no era muy de fiar, lo que tampoco era nada raro, ya que en las calles londinenses abundaban los sujetos más estrafalarios y esperpénticos, vagabundos o seguidores de las más ignotas sectas religiosas; sin embargo, no parecía que Shadow siguiera religión alguna.

El sombrero de fieltro, también viejo, ligeramente húmedo y al

que se había pegado el polvo, que jamás se preocupaba de cepillar, le cubría parte del rostro.

Se detuvo frente al establecimiento no demasiado grande. Al exterior daba una puerta y una ventana-escaparate de aspecto oscuro, sin brillo alguno. Podían verse allí libros y revistas, y en las paredes laterales colgaban los más extraños fetiches y amuletos.

Todo allí transpiraba satanismo, ciencias ocultas, brujería blanca y negra, vudú, había para todos los gustos. Al fondo, un espejo con manchas de óxido, un espejo envejecido por los años y no por la técnica.

Shadow no miró las cubiertas de los libros ni las revistas donde aparecían espectros, las más escalofriantes representaciones del diablo.

Miles de seres humanos pasaban diariamente ante aquel comercio que poseía un rótulo tan largo como le permitía la fachada que ocupaba, incluida puerta y escaparate, un rótulo pintado sobre madera vieja y medio desdibujado ya. No se sabía bien si estaba hecho adrede para darle un aspecto de envejecimiento o es que aquella siniestra tienda tenía ya muchos años sobre sus paredes, sobre sus maderas y mosaico.

La mayoría de la gente ni siquiera daba un vistazo a aquel escaparate, muy pocos se detenían a mirar y entre éstos, más mujeres ya entradas en años que hombres y algunos jóvenes hastiados de un sistema de vivir que se les había impuesto y que no llegaba a convencerles.

Shadow observó por encima aquellas publicaciones y objetos que colgaban de la pared.

Fue hacia la puerta, la empujó y se introdujo en el establecimiento.

Un múltiple sonido de campanillas dio aviso de su entrada al tiempo que un pajarraco disecado, sujeto con sus patas a un pedazo de rama colgado de la pared, iluminó sus ojos y de su pico brotó una voz humana.

—El mundo es del diablo, la muerte te espera. ¿Qué será de ti?

Y se echó a reír con voz cascada de mujer.

Shadow dedicó una maliciosa mirada de sus ojos gris amarillentos al pajarraco, que apagó la luz de sus ojos y quedó mudo de nuevo, quizá esperando la entrada de otro cliente.

—Buenas tardes. ¿Desea algo especial?

El propietario de aquella tienda era lo menos parecido a lo que podía esperarse encontrar en un lugar semejante, tan tenebroso y preñado de malos presagios. Allí, aislados de la calle, del tráfago de la circulación de la gran ciudad.

El comerciante era bajito y aún lo parecía más debido a la elevada estatura de Shadow. Casi no tenía pelo en su cráneo bien lavado y unas gafas de cristales redondos ayudaban a que sus ojos precisaran al mirar.

Sonreía bajo un bigote recortado y juntaba sus manos pequeñas de dedos huesudos, como si necesitaran un perpetuo masaje.

Shadow depositó sobre el mostrador una bolsa de deporte que llevaba, una bolsa posiblemente arrebatada a algún muchacho descuidado que se hubiera puesto a jugar en cualquier parque.

—Traigo esto para vender.

El comerciante miró la bolsa de color azul con alguna franja blanca; la examinó con atención, pero al no descubrir nada, sonrió.

—¿Tiene algo que ofrecerme?

La voz brotó ronca y cavernosa de la garganta de aquel hombre que había irrumpido en el comercio dedicado a objetos y publicaciones de brujería y fetichismo y sectas herméticas.

—Usted compra objetos para la magia, ¿no es cierto?

—Sí, hago compraventa. —Sonrió de forma muy convencional y quiso puntualizar—: Aunque me dedico a la venta, preferentemente.

—Pero, lo que vende lo tiene que adquirir, ¿no es cierto?

El comerciante seguía sonriendo, aunque cada vez le costaba más hacerlo, su sonrisa era totalmente profesional. El sujeto que acababa de irrumpir en su comercio no era de su agrado, pese a que estaba acostumbrado a recibir a las personas más extrañas y estrafalarias.

Shadow abrió la cremallera de la bolsa y de su interior sacó una bola de cristal esférica y opal que tendría unas dieciocho pulgadas de diámetro. Se hallaba sujeta a un pie de bronce oscuro que impedía que rodase, un pie en el que aparecían unos extraños signos criptográficos en sobre relieve.

—Se la vendo.

—Ah, una bola de cristal. —Semejó tranquilizarse, su exclamación fue casi un suspiro.

—Se la vendo —repitió Shadow.

Woodson, el comerciante, miró el rostro del hombre al que no había visto jamás y esperó a que le dijera algo.

—¿La compra?

—Lo cierto es que ya tengo en mis vitrinas varias bolas mágicas y no es un objeto que se venda mucho. Si me hubiera traído amuletos hechos con huesos humanos, quizá… La verdad es que se venden bastante pese a que hay muchos jóvenes que los fabrican, ya sabe, buscan cementerios solitarios y, en fin, yo no quiero saber nada de lo que ellos hagan. Yo tengo la obligación de proveerme de lo que mis clientes desean comprar.

Shadow miró hacia una de las vitrinas; allí había bolas de cristal supuestamente mágicas, bolas con pie de madera, bolas con pie metálico, bolas más grandes y bolas más pequeñas…

—Todo eso es basura —manifestó con seguridad.

—¿Basura? Hum, es su opinión. Son bolas de distintas calidades y, en consecuencia, de distintos precios tomo es lógico. Hay bolas que tienen un cordón eléctrico que se hace pasar a través de la mesa donde se deposita y bolas con pilas y pequeñas células fotoeléctricas que se encienden al pasar la mano adecuadamente; algunas se iluminan en blanco o en colores, a gusto del cliente, y también hay bolas sin electricidad que interiormente tienen pintura fosforescente y que después de ser expuestas al sol, al colocarlas en la oscuridad, despiden luz propia. Ya ve que hay bolas de todas clases. ¿La suya se ilumina?

—La mía es auténtica —dijo Shadow, rotundo.

El comerciante sonrió irónico, más al ver el gesto torvo de Shadow borró su sonrisa burlona.

—No es que quiera molestarle, simplemente que yo, aunque venda todo esto, no creo en la autenticidad mágica de nada. Creo que un amuleto está hecho de hueso humano o de colmillo de leopardo o que un supuesto elixir lleva sangre de gato y cola de lagarto, eso sí lo creo porque he visto trabajar a la mayoría de mis proveedores. Me interesa certificar estos detalles porque algún cliente podría molestarse si llegara a comprobar lo contrario; pero, la verdad, creer en poderes mágicos, eso ya es otra cosa.

—Está bien, créalo o no, pero quizá algún cliente suyo la compre mejor sabiendo que es auténtica.

—¿Quiere decir que ha pertenecido a alguien que hacía magia con la bola, una adivinadora, acaso?

—Sí, perteneció a alguien con grandes poderes, pero ya no existe.

—¿Murió?

—Sí.

—¿Es usted pariente suyo?

—No, no, claro que no, yo soy el sepulturero.

Woodson parpadeó tras los cristales de sus gafas.

Notó que su garganta se le secaba ligeramente; había algo, quizá muchas cosas en Shadow, que le inquietaban.

—¿Sepulturero, cómo…, cómo se llama?

—Shadow.

—¿Es su nombre real?

—Así me llaman. ¿Qué importan los papeles?

—Está bien, no tiene por qué decir más, claro que cuando pasan la inspección yo tengo que justificar mis compras, es la ley.

—Tengo prisa. ¿Cuánto me da por la bola?

—Pues, no pensaba quedármela, tengo suficientes para lo que puedo vender, pero si me dijera a quién perteneció, eso quizá ayudaría a que nos entendiéramos en el precio, porque a determinadas personas aficionadas a estas cosas les haría más gracia si supieran que perteneció a algún personaje conocido dentro del mundo de la magia y la adivinación.

—Sólo puedo decirle que perteneció a alguien que tenía poderes. No es una bola vulgar para engañar a bobos.

—Bueno, le daré siete libras por ella.

—¿Siete libras? ¡Su propietario no la habría vendido por menos de cien mil!

Al oír aquella cifra, el comerciante Woodson no pudo ni echarse a reír, era como si hubieran inyectado en los músculos de su rostro un narcótico local.

—Bueno, yo no soy ningún coleccionista de piezas de museo, lo que compro es para volverlo a vender. Diez libras es lo máximo que puedo darle y, la verdad, será por hacerle un favor, puesto que de esta clase de género no me hace falta, estoy bien surtido.

—Diez libras es como un insulto.

—Lo siento, pero…

—De acuerdo, diez libras, usted gana, pero esta bola mágica no es como las otras.

Míster Woodson tomó la bola en sus manos sacándola de la bolsa y al sopesarla opinó:

—Parece maciza.

—No tiene pilas ni bombillas artificiales, no es una bola con truco, es una bola indestructible.

Shadow se la quitó de las manos, la elevó en el aire y la lanzó contra el sucio.

—¡Maldita seas, rómpete!

—¿Qué hace? —exclamó míster Woodson ante lo que creía irremediable.

La bola golpeó contra el suelo de forma pesada, el piso era de madera y rebotó por dos veces. Después, rodó hasta quedar quieta.

El sepulturero Shadow miró desafiante al hombre del comercio y le preguntó:

—¿Se atreve a hacer lo mismo con alguna de esas que tiene para vender?

—No, claro, pero si es maciza y ha golpeado contra el suelo de madera, en fin, no es nada excepcional el que haya resistido.

—Está bien, no discutamos más, diez libras y es suya. Jamás dejaré de ser un miserable.

Lo que Woodson deseaba era que aquel indeseable abandonara cuanto antes su comercio, que estaba más cargado de esnobismo que de otra cosa.

Sacó las diez libras con cuidado de que el extraño sepulturero no viera más billetes de los que le daba y se los entregó.

—Tenga.

Shadow tomó el dinero casi de un zarpazo de las manos del comerciante que en el fondo estaba temiendo alguna acción desagradable, pues los asaltos a comercios menudeaban en la City.

Sonaron las campanillas de la puerta mientras míster Woodson se dedicaba a recoger la bola recién comprada, volviendo a comprobar que, efectivamente, era pesada.

Apenas depositaba la bola sobre el mostrador cuando, procedente del exterior, escuchó un escalofriante frenazo y luego, un ruido sordo. Míster Woodson quedó quieto, como en suspenso. Luego, oyó un grito espeluznante de mujer.

Se acercó a la puerta de cristal de su establecimiento y vio a un grupo de personas en torno a una farola medio derribada por un furgón de reparto que había subido en parte a la acera.

No cabía duda alguna de que se trataba de un accidente de tráfico.

Tuvo un desagradable presentimiento y se acercó al grupo de curiosos que iba aumentando alrededor de la farola y el furgón de reparto.

Al fin, pudo ver al hombre que estaba aplastado entre la farola y el furgón, atrapado entre los hierros, con los ojos muy abiertos y con hilos de sangre deslizándose por las comisuras de sus labios.

—¡Atrás, atrás! —gritaba un hombre.

Dentro del furgón el chófer estaba lívido, incapaz de reaccionar. Le abrieron la portezuela y materialmente lo arrancaron de allí.

Un policía trepó al interior del furgón y puso la marcha atrás. El vehículo runruneó sin llegar a ponerse en marcha.

—Shadow… —murmuró míster Woodson.

El sepulturero, con los ojos muy abiertos, con la agonía de la muerte impresa en su rostro, musitó con voz apenas inteligible:

—Es… es… es… ver… verdadera…

Capítulo II

La residencia no era muy grande: planta y dos pisos, rodeada de un jardín pequeño y descuidado.

Sólo en la parte posterior de la edificación crecía algo en orden, eran unas verduras de aspecto deprimente. En el espacio libre existente entre la casa y la valla que la separaba de la acera, el descuido era casi total, a lo sumo unas matas de margaritas o alguna otra planta incrustada en la tierra sin un orden, sin una estética.

Madame Diane, de origen canadiense, con un fuerte acento francés, muy propio de la *high society* de Quebec, tenía muy poca preocupación por el exterior de la residencia y mucha por el interior. Podía decirse que el confort dentro de la casa era notable.

Como buena canadiense, procuraba que la vivienda fuera un lugar seguro contra las inclemencias del tiempo. Si el confort era innegable, el gusto era un poco especial y particular.

Las ventanas tenían gruesas, pesadas y antiguas cortinas que *madame* Diane gustaba de tener corridas, era como si amase más la luz artificial que la natural.

En la residencia abundaban los pequeños objetos en vitrinas y estantes, objetos de cristal o porcelana.

Había una gata llamada «Blacky» que tenía cinco cachorritos, a los cuales mimaba con esmero. A todas las residentes en aquel establecimiento particular dedicado exclusivamente a alojar mujeres no les gustaba la presencia de la gata, totalmente negra, pero como el pequeño felino rara, vez subía a los pisos donde se hallaban los dormitorios, no entraba en conflictividad con las huéspedes que pudieran sentir alergia ante su presencia.

La residencia de *madame* Diane tenía un total de doce

habitaciones, todas ellas de carácter individual. No siempre estaban todas ocupadas y un tanto por ciento de las huéspedes eran flotantes, se renovaban, y sus rostros apenas eran recordados por las que pasaban años en aquel lugar porque se sentían bien.

La mayoría de ellas tenían empleos de administración y secretariado en diversas empresas de la City, incluso en ministerios. Una de ellas estaba como jefe de planta en unos grandes almacenes; otra, Katty, cobraba su pensión de viudedad y no se preocupaba de trabajar en nada, lo mismo que su amiga Mildred, que era divorciada.

Ambas solían ir a pasear juntas, asistían a todas las conferencias donde encontraban el rótulo de «entrada libre» y semejaban escucharlo todo atentamente, aunque era muy raro que al término de la conferencia pudieran explicar lo que habían oído.

A Katty y a Mildred se las podía ver a bordo de un autobús, en algún cine o regateando el precio de un periquito en un comercio de animales, sabiendo ambas de antemano que no se llevarían el exótico pajarito prensor.

Madame Diane dormía en la planta y en un cuartucho también de la planta vivía Claudia, una negra jamaicana muy robusta que se encargaba de la limpieza y de lo que hiciera falta, aunque la residencia tenía contratadas a dos mujeres más que acudían durante el día para cumplir su jornada laboral. Una de ellas era la cocinera, y la otra se encargaba del aseo de habitaciones y suelos, incluyendo el lavado de toda clase de ropa.

Podía decirse que la residencia de *madame* Diane funcionaba bien, estaba aseada y se comía de forma equilibrada, aunque frugal.

En el comedor se estaba terminando el almuerzo.

Había cuatro mesas circulares en cada una de las cuales se colocaban tres servicios, pero sólo había dos mesas ocupadas y una de ellas, sólo con dos mujeres, ya que las otras huéspedes solían almorzar fuera de la residencia para no tener que sumergirse en el tráfico londinense con el estómago lleno.

Durante la cena casi siempre se conseguía el completo, teniendo en cuenta la cantidad de huéspedes que allí se alojaban.

Mildred y Katty comían juntas. Frente a ellas, en la misma mesa, se sentaba Shirley, la empleada de almacenes jefe de planta.

Era una mujer de aspecto severo, edad madura y en apariencia

muy segura de sí misma. Según contaba, había viajado mucho por gran parte del mundo y conocía las más extrañas costumbres de las gentes más exóticas, pero lo mismo Mildred que Katty ya habían oído todas sus historias repetidamente, incluidas las vacaciones veraniegas que solía disfrutar en las playas mediterráneas de la soleada España.

—Siempre nos cuentas historias; parece que vives del pasado —casi le reprochó Mildred a Shirley.

—Lo mejor de-viajar es recordar —pontificó Shirley. Después, chupó con fruición un cigarrillo turco que acababa de encender con su mechero de oro.

En realidad, Mildred y Katty envidiaban a Shirley porque podía permitirse caprichos a los que ellas no podían acceder debido a sus bajas pensiones, pero cuando salía a relucir el tema, Shirley se defendía voladamente arguyendo que ella trabajaba y que no le había costado poco llegar a jefe de planta, cargo que en otras plantas de los mismos almacenes ostentaban varones y no mujeres.

—Deberíamos buscar alguna diversión —suspiró Katty, que miraba de reojo, con codicia, el bolsito de Shirley donde ésta guardaba su pitillera con cigarrillos importados.

Shirley se daba cuenta, pero no le ofrecía ningún cigarrillo y no porque le pudiera causar ningún perjuicio el dárselo, sino porque le gustaba hacerla sufrir.

Gozaba con aquellas pequeñas situaciones en que se sentía envidiada o que conseguía imponerse a otras mujeres y esto lo sabían muy bien las jóvenes dependientas de los almacenes que se hallaban bajo sus órdenes directas.

—Deberíamos preparar algo interesante en el salón —opinó Katty.

—¿Y qué entendéis vosotras por interesante? —preguntó Shirley.

—No sé, somos pocas. Quizá si trajésemos aquí a algún parapsicólogo o alguna adivinadora, eso es lo que está de moda.

—¿Y quién pagaría a esa persona? —preguntó Shirley.

—Bueno, habrá quien se ofrezca a darnos una charla gratis. ¿No piensas lo mismo, Mildred?

—Sí, claro, se trataría de telefonear a varias revistas especializadas; lo importante es no aburrirse, y telefonear no cuesta

demasiado.

—Si hay que ir poniendo fichas, sí cuesta —advirtió Shirley.

—Bueno, sólo serán unos chelines y podemos conseguir algo que nos divierta. Estas charlas sobre espiritismo siempre son emocionantes, podemos prepararlo todo con sumo cuidado. Esta residencia se presta, está aislada de las demás casas. Tiene techos altos, es antigua, y quién sabe si en el suelo del sótano fue enterrado alguien asesinado.

—Por favor, Mildred, sujeta tu fantasía, nadie diría que tienes cincuenta años.

—Cuarenta y uno —precisó Mildred, molesta, levantando el mentón.

—Eso no te lo crees ni tú —replicó Shirley, que se sentía más realizada que sus compañeras de mesa y quizá, para gozar mejor de esa superioridad, las prefería a ellas como compañeras de mesa que a otras que apenas le prestaban atención. Por otra parte, hacía ya mucho tiempo que se conocían.

—Lo que no sé es si *madame* Diane aceptará esta especie de charla en el saloncito —dijo Katty, pensativa, mientras alargaba su mano hacia el bolso de Shirley.

Esta, con disimulo, lo cambió de lugar, como no dándole importancia.

—*Madame* Diane —explicó Mildred bajando el tono— se tuvo que marchar de Quebec por bruja.

—¿Y eso lo sabes de buena tinta? —inquirió Shirley, irónica.

—Sí, sé muchas cosas sobre ella. He visto los libros que tiene en su cuarto. No es fácil meterse allí dentro, pero en una ocasión en que Claudia estaba limpiando y tuvo que ir corriendo al retrete porque se había comido doble ración de aquel puré cargado de cerdo que nos hacía la otra cocinera que se murió, bueno, pues iba la pobre Claudia que tenía que correr con las rodillas juntas para no…

—Por favor, no tengas tan mal gusto —le reprochó Shirley.

Mildred prosiguió, omitiendo detalles.

—Pues tenía libros de magia y brujería, yo los vi. Siempre me ha parecido una bruja pese a sus aires de superioridad, porque la pensión, aunque ella la llame residencia, la verdad es que no es más que una pensión.

—Es una residencia —puntualizó Shirley—, de lo contrario yo no estaría aquí.

Estuvieron hablando del tema, dándole rodeos como solían hacer.

En la otra mesa, había dos mujeres jóvenes que mantenían entre ellas un diálogo desenfadado. Eran Vera y Janet, ambas trabajaban como instrumentistas de quirófano en el Blood Hospital Center y sus horarios de trabajo eran rotatorios, por lo que no resultaba extraño encontrarlas en horas de labor paseando o ampliando estudios dentro de sus respectivas habitaciones.

Ellas se enfrentaban a la vida con ojos muy distintos a como lo hacían Mildred y Katty, la propia Shirley o la mismísima *madame* Diane.

Vera y Janet sólo cruzaban los saludos de rigor con sus tres compañeras de hospedaje, pues nada tenían en común. Por otra parte, la belleza, la juventud y la elasticidad de las muchachas ya nada tenía que ver con las otras mujeres maduras, educadas de otra forma.

—¿Y a ti no se te ocurre nada, Shirley? —preguntó Mildred.

—Es posible.

—¿Sólo es posible? —preguntó Katty.

—Sí. Sé dónde hay una tienda que venden cosas un poco… ¿cómo diría? —Puso gesto interesante.

—No será una *sex-shop*, ¿verdad? —preguntó Katty, como horrorizándose.

—No, no es una *sex-shop* donde venden consoladores de todas las medidas y movimientos.

—Por favor, Shirley, me aterra lo que dices —se quejó también Mildred.

—Pues la tienda a la que me refiero tiene a la venta libros de brujería y satanismo, fetiches, talismanes, hay de todo.

—Eso sí está bien —aprobó Katty, interesada.

Mildred, más concreta, preguntó:

—¿Y qué podría interesarnos de todo lo que allí venden?

—No sé, habría que verlo, claro que si no interesa nada de antemano para divertirnos, tenemos el paseo por los parques, el

cine con películas aburridas o el teatro con obras de Shakespeare que cualquiera de nosotras ya puede recitar de memoria.

Cuando salieron de la residencia de *madame* Diane, Vera y Janet se habían marchado ya para incorporarse a su turno de tarde en el hospital.

A Katty le había quedado de su marido un viejo automóvil con un abultado portaequipajes, un coche que sólo utilizaba para dar algún que otro paseo.

Con él se dirigieron a la tienda que había indicado Shirley.

Aparcaron frente a un tragamonedas automático y con sólo unos pasos llegaron al comercio donde, después de hacer sonar las campanillas de la puerta, míster Woodson las recibió con una amplia sonrisa.

—Ustedes dirán lo que desean, porque seguro que lo que buscan yo podré proporcionárselo.

Las tres se sintieron un tanto cohibidas ante las máscaras horrendas, ante las portadas de libros y revistas satánicas. Allí, si lo deseaban, podían comprar cabezas reducidas por los indios jíbaros del Amazonas, las repugnantes tsantsas, dos tercios más pequeñas que una cabeza normal. También había animalitos disecados como lechuzas y un cuervo.

—El mundo es del diablo, la muerte te espera. ¿Qué será de ti? —saludó el pájaro, que encendió sus ojos.

—Hemos venido por curiosidad —confesó mistress Mildred al comerciante—. Espero que no le molestemos.

—Todo lo contrario, para mí es un placer atenderlas aunque no compren nada.

—Aquí tienen talismanes para el reuma, ¿verdad? —preguntó Katty, dando a su voz un tono casi de complicidad.

—No soy ningún curandero, aunque sí soy proveedor de algunos sanadores. Mire, precisamente aquí tengo una pulsera de cobre con malla de correa y con la incrustación de que tiene poderes mágicos.

—A ver, a ver —pidió Katty.

Mientras Katty se interesaba por la pulsera de cobre que el comerciante pretendía endosarle, Shirley se fijó en uno de los libritos monográficos. Tenía poco texto de contenido pero bastantes fotografías y en primera página había una bola de cristal.

—¿Y cuánto vale esta pulsera?

—Es muy económica, teniendo en cuenta que puede ahorrarse muchos medicamentos y visitas al médico.

—Pero ¿cuánto, cuánto? —insistió Katty, sin demasiada fuerza.

—Once libras, es un regalo.

—Ni que fuera de oro —protestó la mujer.

—Si fuera de oro no le curaría el reuma —objetó míster Woodson, sin molestarse lo más mínimo.

—Y esto de las bolas, ¿es cierto? —preguntó Shirley, como descuidadamente, sin mirar a míster Woodson, que, tras quitar la pulsera de la muñeca de Katty, se le acercó.

—Pues sí, hay mucho de verdad en la precognición cristalográfica —manifestó.

—¿Qué ha dicho?

Shirley había fruncido el ceño, extrañada al oír aquellas palabras. Por su parte, Katty y Mildred se miraron entre sí como si estuvieran oyendo una lengua que no entendían.

—Es la forma científica de llamar la adivinación a través de la bola de cristal. Bueno, todo avanza y lo que antes sólo interesaba a las gitanas trashumantes, ahora interesa a los científicos de todo el mundo, no sólo de Londres sino de los Estados Unidos o Rusia.

—Pero ¿realmente son mágicas las bolas?

—No exactamente. La bola es el medio, el puente que utiliza la adivinadora; bueno, también puede ser adivinador.

—Claro, claro —admitió Shirley.

—Según parece, todos tenemos propiedades especiales, lo que ocurre es que unos las tienen en mayor cantidad que otros. Hay quien las descubre y hay quien muere sin enterarse de que las posee.

—¿Yo podría adivinar?

—Por supuesto que sí, cualquiera de ustedes podría. Se trata de poseer una buena bola y practicar y hacer las invocaciones oportunas hasta conseguir algo efectivo. Al principio no es fácil, se debe insistir, es como la gimnasia; los músculos sólo son hermosos cuando les imponemos una disciplina y no dejamos de acudir periódicamente a un buen gimnasio, claro que un libro de información como ese que usted tiene en su mano ayuda mucho.

Las tres miraron hacia las bolas de cristal. Mildred preguntó:

—¿Y son muy caras?

—Hay de todo —repuso Woodson, con tono comprensivo—. Tengo bolas que llevan células fotoeléctricas y ésas sí que son un poco caras.

—¿Células fotoeléctricas para qué? —pregunto Katty.

—Digamos que son para causar un poco más de efecto, son bolas para magos profesionales que desean ser admirados.

—Oh, no, yo preguntaba por una bola simple, una bola sin electricidad —le puntualizó Shirley.

—Sí, también las tenemos. En realidad, son las bolas auténticas. Las que llevan artilugios electrónicos sirven para magos de teatro o profesionales que se ganan la vida con ellas. Quien tiene una bola de cristal por *hobby*, porque le gusta, la elige auténtica, sin nada.

—¿Cómo ésa? —Mildred señaló una bola que se hallaba sobre el largo mostrador, a un extremo de éste, bajo unas cabecitas reducidas de jíbaro.

—¡Qué asco! —exclamó Katty.

—No, no es ningún asco, ésa sí es una bola mágica auténtica —puntualizó Woodson.

—Me refería a esas repugnantes cabezas…

—No tema, son imitaciones. Hay gente que gusta de comprarlas para molestar a otras personas o porque son fetichistas, simplemente.

Woodson tomó la bola de cristal, obviamente pesada, y la centró en el mostrador.

—Esta no tiene ningún artilugio eléctrico, es simplemente una bola de cristal maciza con un pie de bronce. Según me contaron, perteneció a un mago famoso.

—¿Qué mago? —preguntaron las tres, casi al unísono.

—No se puede revelar, es un secreto.

—¿Por qué?

Woodson se encogió de hombros.

—Ni yo mismo lo sé, me la trajeron aquí para que la vendiera, nada más, es una ganga para quien quiera hacer prácticas con la bola. Eso sí, se debe poner mucho interés en ella. Hay que invocarla con verdaderos deseos de comunicación, de lo contrario la bola no refleja absolutamente nada. Más de una persona ha comprado una bola y luego ha pretendido devolverla diciendo que no servía para nada, que sólo era cristal. La bola no es la culpable, hay que

compenetrarse con ella. Según leí en un artículo, una bruja en España gestó una bola de éstas durante nueve meses hasta que la parió y sólo así pudo compenetrarse luego con la bola, diciendo que era su bola.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Mildred—. ¿Y cómo pudo tragársela?

Míster Woodson sonrió.

—Supongo que se la sujetó con una faja al vientre y así la llevó durante nueve meses y luego hizo un simulacro de parto.

—Si por lo menos supiéramos a qué mago perteneció —objetó Katty un tanto despreciativa.

—Si yo supiera quién fue el mago importante que la poseyó, posiblemente el precio sería tan alto que ustedes no se atreverían a comprarla.

Mildred hizo un gesto de abandonar la tienda al sentirse ofendida, pero vio que Shirley no parecía molesta y no se marchó.

—Y esta bola, ¿qué precio tiene?

Woodson no se apresuró en dar una respuesta, prefirió poner su atención en Katty, que preguntó:

—Pero, la bola no tiene nada raro, ¿verdad?

—No, nada raro, el pedestal que la sostiene, que es de bronce con unas alegorías criptográficas y la bola de cristal en sí misma. En realidad, la bola actúa como un espejo en el que rebota la imagen de nuestro subconsciente, no sé si me explicó bien…

—Sí, sí, continúe.

Ante la petición de Shirley, míster Woodson prosiguió:

—Los ojos físicos, los ojos que tenemos en el rostro, no pueden ver el subconsciente más que cuando uno se halla drogado o loco. Algunas personas ven con claridad el porvenir o se comunican con otros seres mediante diferentes sistemas, pero la bola y las cartas del tarot han sido siempre los medios mejor utilizados porque han dado más resultado. Nunca se sabe lo que una persona puede descubrir mediante una bola de cristal; quizá nada o un mundo nuevo lleno de maravillas.

—¿Y usted ha probado a ver si esta bola funciona? —Preguntó Mildred.

—Esta bola rio es una bombilla que se prueba para ver si se enciende o está fundida, señora.

—Todavía no me ha dicho el precio —le recordó Shirley.

—Veinticinco libras. Es un regalo, teniendo en cuenta que no es una bola hecha en serie en una fábrica, y tampoco una de esas bolas que están huecas; ésta es maciza.

—Es mucho.

—Puedo hacerle un descuento si se lleva también el libro que habla de ella que, por otra parte, resulta muy barato también.

—¿Y cuál es el precio del libro?

—Veinticinco libras.

—¡Carísimo! —protestó Mildred, casi con cara de perro.

—No, no se asusten, quiero decir que puedo hacer un precio de lote por la bola y el libro, todo unido por veinticinco libras. Es una oportunidad que no volverá a presentárseles.

—Usted no es el único que vende bolas mágicas —le espetó Mildred, casi acusadora.

—No, claro que no, pero ya les he dicho que esta bola no es como otras. A mí no me importa venderles una de serie, hueca y con un lindo soporte de madera de haya barnizada por siete libras.

Iba a abrir una estantería protegida por una puerta corredera de cristal cuando la voz de Shirley le detuvo.

—No, no, prefiero quedarme con ésta.

—Hace usted una buena compra —aprobó el comerciante.

Ya en la calle, Shirley llevaba la pesada bola entre sus dos manos y como escolta, a derecha e izquierda respectivamente, a Katty y a Mildred.

Esta última observó:

—Te has dejado engañar, Shirley, te la hubiera vendido más barata. Ese hombre es un perfecto granuja.

—Parece mentira que siendo tú también del gremio de vendedores hayas «picado». El precio ha sido mu) alto, sólo es una bola de cristal, no un diamante.

—Ojalá fuera un diamante por ese precio, porque con lo que pesa, hasta Farah Diba me envidiaría.

Shirley se metió en el coche sin soltar la bola, que depositó sobre su regazo. Sin saber explicar por qué, tenía la sensación de que había comprado algo importante, algo que barrería el tedio y el hastío de su vida Lo que ella ignoraba es hasta dónde y a qué circunstancias iba a llevarla aquella enigmática bola de cristal.

CAPÍTULO III

Shirley depositó la bola sobre una mesita de su habitación en la residencia de *madame* Diane.

En el saloncito habían estado repasando aquel librito que por su encuadernación y medidas más parecía una revista monográfica que un libro.

Los comentarios habían sido diversos sobre algunos de los artículos; incluso *madame* Diane se les había acercado, curiosa.

—Están muy entretenidas esta noche —comentó.

—Vamos a adivinar el futuro, *madame* Diane —le dijo Mildred.

—¿El porvenir? —rió levemente *madame* Diane. Su acento francés, que no tenía ningún interés en disimular, la distinguía de las demás mujeres. Alta, seca, huesuda, opinó—: El destino está escrito.

—Eso es, está escrito y sólo hay que leerlo en la bola mágica —le dijo Katty.

—Leer el destino es muy peligroso, es mejor que venga hacia nosotros por sorpresa, la angustia es menor.

—¿Por qué no haces unas invocaciones, Shirley? —le pidió Mildred.

—Ah, pero ¿ya tienen bola de cristal y todo? —preguntó *madame* Diane.

En tono de excusa, Shirley replicó:

—Sólo tratamos de divertirnos un poco.

—No jueguen con la magia y la brujería porque se encontrarán atrapadas en sus redes y ya no podrán escapar al horror.

—¿Qué horror? —preguntó Katty—. Lo dice usted como si supiera mucho de eso.

—Quizá, quizá. Mi consejo es que no sigan adelante con esas

cosas, son muy peligrosas. Las invocaciones pueden ser escuchadas y cuando ellos llegan, ya no se les puede rechazar. Luego, vienen los conjuros y la sangre.

—¿De veras no ha hecho usted magia nunca, *madame* Diane? —preguntó Shirley, la más segura y entera de las tres.

—Cuando terminen de hojear la revista, apaguen la lámpara grande; con la pequeña es suficiente para que tengan luz las enfermeras cuando vuelvan.

Madame Diane se alejó sin dar respuesta a la pregunta.

—¿Por qué no haces unas invocaciones ahora tal como dice este libro? —pidió Katty.

Más Shirley cerró el libro-revista con cierta brusquedad y se puso en pie.

—No digas tonterías.

—No son tonterías —le objetó ahora Mildred—. ¿Por qué, si no, has comprado la bola?

—No sé, ha sido un capricho. Después de todo, la bola es mía, las veinticinco libras las he pagado yo y con ella hago lo que me apetece.

Katty y Mildred se quedaron cortadas. Shirley las dejó y cuando llegó a su habitación, se arrepintió de su brusquedad.

Era consciente de que su comportamiento había sido provocado por una gran timidez. Deseaba hacer lo que consideraba tonterías con la bola supuestamente mágica recién comprada, pero no se atrevía a realizar tales invocaciones delante de nadie. Se habría sentido en ridículo y al ridículo lo había temido siempre.

Ya a solas en su cuarto, se encerró pasando el cerrojo y miró la bola con gesto interrogante, la vio casi como un desafío.

Miró hacia la ventana; daba a una calle iluminada por unas farolas tristes, unas luces que semejaban lagrimear, era la bruma del río que se levantaba.

Corrió la cortina, la calefacción funcionaba bien.

Comenzó a desvestirse; pensaba acostarse y leer a solas aquel librito para enterarse mejor de su contenido, de forma que cuando volviera a hablar con Mildred y Katty estuviera más enterada que ellas del tema de la bola de cristal, aunque, al parecer, poco había que aprender. La bola era muy simple.

Encendió la pequeña luz focal de la cabecera de la cama y ya

con el camisón puesto, no pudo evitar acercarse a la bola y situarse frente a ella.

Aproximó sus manos despacio, notó que los dedos le temblaban ligeramente, lo que en principio se le antojó absurdo.

Acarició la bola de cristal como para infundirle su calor, su energía, según explicaba la publicación que había comprado.

—Yo, Shirley, te invoco a que te presentes ante mí seas quien seas el que te halles dentro de la bola…

Continuó acariciándola con suavidad, con amor, con sensualidad, como un hombre hubiera comenzado a acariciar un cuerpo femenino muy joven al que temiera asustar con alguna posible brusquedad y al que al mismo tiempo deseara excitar para que se le entregase, ardiente de pasión.

—Yo, Shirley, te invoco a que te presentes ante mí…

Fue recordando poco a poco lo que había leído en la publicación, las distintas formas en que algunas personas, hombres y mujeres, especialmente estas últimas, habían conseguido comunicarse con su bola mágica hasta convertirla en algo suyo y cuanto deseaban saber aparecía sin problemas en la bola, con más o menos nitidez según las circunstancias.

El librito hablaba y mucho también sobre la superchería de bastantes magos y adivinadores que jamás habían logrado «ver» en la bola de cristal y que sólo inventaban sobre la marcha.

Acercó su rostro a la bola y le envió su aliento hasta empañarla.

Levantó su camisón como si ofreciera su cuerpo desnudo a la bola de cristal, sin ningún pudor porque se sentía sola en el cuarto. Acercó la bola hasta el borde de la mesa e inclinó su cuerpo, rozando su piel contra el cristal.

Pasó sus senos sobre ella y luego la acercó a su vientre y se deslizó por ella hasta que la sintió entre los muslos.

Jadeó ligeramente y notó que un escalofrío le recorría la espalda, que la temperatura de la estancia descendía rápidamente o era que ella se enfriaba, como si perdiera su propio calor y aún notando todas estas sensaciones, no se atrevió a separarse de la bola de cristal.

Era como si una fuerza desconocida hasta entonces la obligara a pegarse contra la bola para sentir el contacto del cristal contra su carne, como si del interior de la bola salieran unas manos que no la

dejaran separarse.

Notó un dolorcillo que cada vez se fue haciendo más profundo en sus entrañas, como si fuera una adolescente que lenta pero progresivamente estuviera perdiendo la virginidad, segundo a segundo.

Su cuerpo comenzó a reaccionar y a empañarse, un ligero sudor la mojaba desde las plantas de los pies hasta la frente. Notaba calor en sus labios, fiebre en los ojos.

—Ag, ag, no, no, no… —gimió, como si la bola pesara toneladas contra su bajo vientre.

De pronto, la pequeña luz focal de la cabecera de la cama, la única que iluminaba la habitación, se apagó como si el filamento de la bombilla acabara de fundirse.

Shirley hizo un movimiento brusco hacia atrás, sólo un paso.

No supo si era miedo o que aquél había sido el momento justo de apartarse de la bola.

Entonces vio que la bola tenía luz propia, era una luz débil amarillo fosforescente, una luz que no llegaba a iluminar la estancia pero que sí servía para que la bola se viera con rotunda nitidez.

Era como la Luna, que no iluminaba en derredor, pero se podía ver su redondez, con la diferencia de que la Luna reverberaba luz y la bola poseía luz propia, pues rio había otra luz encendida en el cuarto y las cortinas de la ventana permanecían corridas.

Entonces vio lo increíble, lo que ella misma poco antes hubiera negado.

Había comprado sólo una bola de cristal, una bola sin nada que pudiera iluminarla y, de pronto, apareció la silueta de un rostro.

Shirley clavó sus ojos en ella, unos ojos llenos de incredulidad y deseo, de miedo y ansiedad.

El rostro se fue perfilando más y más, y la mujer abrió la boca como para lanzar un grito de horror, pero la garganta se le secó, las cuerdas vocales semejaron endurecérsele y de su boca sólo salió una respiración sonora, como el jadeo de una gran bestia agazapada dentro de una siniestra cueva.

El rostro era diabólicamente horrible, con el sello de la muerte, corroído por el tiempo, un rostro que inspiraba terror. Era el rostro de un hombre que pudiera llevar meses enterrado bajo tierra en un lugar húmedo, sin caja que le protegiera.

—Estoy ante ti, mujer, tú me has llamado y yo he venido —le dijo el espectro que semejaba encerrado en la bola de cristal. Sin embargo, su voz se oía claramente pese a ser oscura, lenta, cavernosa, cargada de malignos presagios.

—Yo, yo, yo sólo quiero, quiero… —balbuceó Shirley con voz temblorosa— que la bola me obedezca y pueda leer en ella el porvenir.

—Me has invocado y he venido. Si quieres poderes, deberás hacer los conjuros.

—¿Qué conjuros?

—Esta madrugada, mancharás tus manos en sangre humana y sin limpiarlas, vendrás a mí. Dejarás las huellas de tus manos en sangre sobre la bola de cristal.

—¿Sangre humana, deberé cortarme?

—No, Shirley, la sangre no será la tuya.

—Yo, yo no puedo herir a nadie —protestó Shirley ante el espectro de la bola, aquel ser horrible que semejaba salir de una tumba pútrida y hedionda.

—Me has llamado y he venido. Si no cumples los conjuros, tu cuerpo comenzará a morir sin que tú dejes de vivir. Te llenarás de úlceras que te devorarán viva y será una muerte lenta para ti y nada ni nadie podrá sanarte. El mundo te rechazará, horripilado al verte y tendrás que refugiarte lejos de todos si es que no terminas llena de vendas en un hospital del que no saldrás hasta la muerte que tardará, tardará mucho en llegar para que tu agonía sea larga y dolorosa y nadie se apiadará de ti.

—No, no puede ser, no es posible —gimió.

—Sí, sí es posible. Fíjate, fíjate bien y verás cuál será tu destino si no cumples los conjuros.

El rostro del espectro desapareció y fue apareciendo una imagen completa de mujer, como si la bola fuera un pequeño televisor portátil.

Se fue perfilando hasta que Shirley creyó reconocerse, aunque era difícil.

Estaba desnuda, llena de úlceras horribles. Hasta el cabello se le había caído a colgajos y los senos eran manchas negras con costras purulentas.

—¡No, no es posible, no!

—Así serás si no cumples los conjuros. Tú me has llamado, tú tienes la bola de cristal que me perteneció.

—¿Quién, quién eres tú? —interrogó llena de terror, temblándole los labios, los dientes, todo su ser que se sentía a merced del espíritu.

—Soy…

Pareció que iba a continuar, dudó y, de pronto, el siniestro espectro comenzó a reír. La carcajada llenó el interior del cráneo de la mujer, era inútil taparse los oídos. La carcajada seguía dentro de ella. Poco a poco, la imagen se esfumó y la bola fue perdiendo luz.

Shirley con la sensación de que se había helado de frío pese a que la habitación estaba caldeada, se quedó quieta; no fue a encender la luz, ni siquiera lo intentó.

Quiso razonar y no pudo. Tenía que salir a la noche y regresar con las manos manchadas de sangre…

Pasaron los minutos, no supo cuántos y tampoco se preocupó de contarlos. Sólo supo que la residencia se había quedado silenciosa, muy silenciosa.

Con sigilo, abandonó la habitación tal cual estaba. Pasó por delante de las puertas de las otras habitaciones y oyó alguna respiración ronca, pesada.

Avanzó hacia la escalera alfombrada y descendió por ella. Se movió entre la débil penumbra, pues había unas luces de escasísima potencia colocadas en puntos estratégicos para poder moverse sin encender las grandes lámparas y a la vez evitar el riesgo de tropezar.

Los muebles se le antojaron más oscuros, más feos; las estatuillas de porcelana y loza esmaltada semejaban representaciones diabólicas que cobraban vida para empujarla a seguir avanzando como guiándola mientras creía oír un rumor como si se hubiera llenado el saloncito y los corredores de gente que no se veía y que cuchicheaba alrededor de Shirley.

Sus ojos no veían a nadie, pero estaba segura de que había muchos seres en torno a ella, seres sin cuerpo, seres que existían aunque no pudiera tocarlos. Los oía, sí, estaba segura de oírlos murmurar.

Cuando quiso darse cuenta, se encontró en la cocina.

Todo estaba limpio. Claudia, la robusta y joven negra, había

hecho toda su tarea antes de retirarse.

La cocina aguardaba al amanecer del día siguiente; entonces se presentaría la cocinera para preparar los desayunos como de costumbre, pero ahora sólo estaba allí Shirley que casi nunca entraba en aquella dependencia.

La cocina jamás le había gustado, no era mujer amante de cocinar, hasta el olor de los guisos la molestaba; mas, ahora todo era distinto.

Llegó junto a una de las encimeras. Frente a ella, atornillada a la pared, había una panoplia de madera de la que colgaban cuchillos de acero de los más diversos tamaños.

Brillaban sin que hubiera luces que los iluminaran, pero la ventana estaba sin cortinas y la luna podía verse al otro lado de los cristales, suspendida en un cielo frío.

Shirley alargó su mano y asió el mango del cuchillo más largo y afilado que allí había.

CAPÍTULO IV

En la pantalla del quirófano, la señal luminosa de electrocardiógrafo que controlaba el corazón del ser que se hallaba en la mesa de operaciones de urgencia, iba de un lado a otro, aparecía y desaparecía, aunque en ocasiones tenía vacilaciones ostensibles.

El rostro de la muchacha estaba lleno de cortes, desfigurado hasta el horror.

Parecía imposible que aquella faz femenina pudriera haber sido hermosa tan sólo unas horas antes. Ahora los dientes aparecían bajo unos labios hinchados, cosidos apresuradamente para cortar hemorragias, lo mismo que la nariz y las mejillas.

Los ojos producían una gran lástima, pero el cirujano-jefe no estaba pendiente de aquel rostro sino del cuerpo, de las vísceras.

Sangre, destrozos, horror, pinzas en abundancia enganchando piel, músculos y venas seccionadas, ahora comprimidas para que no dejasen escapar la sangre a borbotones. Parecía imposible que pudieran emplearse tantas pinzas para un cuerpo humano.

El cirujano jefe sudaba y también sus tres ayudantes mientras las enfermeras especialistas iban entregando el instrumental adecuado.

Pese a tener una renovación de aire constante, el quirófano olía a sangre, sangre que goteaba aquí y allá manchando manos y batas como si en vez de cirujanos fueran matarifes descuidados.

La joven gimió, moviendo su cuerpo ligeramente aunque hubiera intentado moverlo más, no habría podido, ya que estaba sujeto por correas.

—¿Más anestesia? —preguntó el anestesista.

El cirujano jefe que controlaba todo el equipo denegó con la cabeza tras mirar la pantalla. Uno de sus ayudantes controlaba la presión sanguínea.

—Más sangre, más sangre —pidió mientras volvía a introducir unas pinzas curvas dentro del cuerpo, tratando de salvar el hígado.

Junto a él, uno de los ayudantes ya tenía dispuesta la aguja para coser.

—Doctor —interpeló Vera débilmente.

Al cirujano jefe no Je hizo falta mirar la pantalla del electrocardiógrafo; ya se había dado cuenta de que el corazón había dejado de latir.

—¡Hipodérmica, adrenalina! —exigió.

Uno de sus ayudantes ya tenía lista la jeringuilla con los miligramos de adrenalina que solía utilizar su jefe médico. Este inyectó directamente al músculo cardíaco, un corazón que no podía palpitar.

Todo allí estaba abierto y él no era un dios, sólo un cirujano que trataba de salvar un cuerpo destrozado.

De nuevo apareció la señal luminosa. El cirujano soltó el instrumental y el corazón fue presionado por sus hábiles dedos dándole un ritmo, una cadencia; pero la señal de control cardíaco volvió a desaparecer en la pantalla fluoroscópica, sólo era una línea plana.

El cirujano jefe dio un largo suspiro, casi un bufido. Miró aquel cuerpo abierto en canal como si estuviera dispuesto para ser desviscerado y en tono de orden dijo:

—Retirad el instrumental y llevadla a autopsias.

Todos comprendieron que había terminado la lucha por arrebatar un cuerpo joven a la Muerte, ellos habían perdido. Las garras de la muerte habían sido más afiladas y rapaces que el instrumental y la ciencia médica.

Una hora más tarde, Vera y Janet se encontraban en el vestuario. Sus respectivos rostros reflejaban cansancio; pese a haberse entregado con toda su alma al trabajo, no se sentían satisfechas.

—Se ha hecho todo lo que se podía —comentó Vera.

—Sí, pero es una sensación tan profundamente desagradable… Esa muchacha, hace dos o tres horas, estaba viva, tan joven como nosotras y ahora… —Unas lágrimas asomaron en los ojos azules de Janet.

—Así es la vida. Me siento como tú, Janet, pero lo que ha

sucedido hoy ocurre cada día; hoy era una joven como nosotras, mañana será un niño o un viejo, y pasado, un obrero. Cada día lo mismo, es nuestra profesión.

—Es que ya no puedo resistirlo, Vera, no puedo.

Vera abrazó a su compañera.

—Sí puedes, sí puedes.

—No, no.

—Sí, lo has demostrado muchas veces, lo que pasa es que hoy estás de moral baja. Otro día lo estaré yo y serás tú quien tenga que ayudarme a mí.

—Es que yo quiero ayudar a vivir y, y…

—Llora, Hora, pero si no hacemos nosotras el trabajo, alguien tendrá que hacerlo. ¿Crees que al doctor Taylor le ha gustado ver que la chica no podía salvarse?

—Y todo por un maldito accidente de coche.

—¿Qué más da el motivo? El caso es salvar vidas, Hoy no ha habido suerte, pero mañana sí la habrá. Lo que sí es cierto es que si no luchamos, no salvaremos vidas.

La crisis de Janet fue cediendo y con ella, la congoja.

Vera la confortó lo que pudo y debido a la hora, tomaron unos cafés en la máquina para sentir algo caliente dentro de sus cuerpos.

Salieron a la noche, a la madrugada, casi a la amanecida. Las farolas estaban encendidas.

En dos o tres horas, la ciudad comenzaría a desperezarse, a desentumecerse. Hombres encogidos saldrían a la calle en busca de sus vehículos mal aparcados, el «metro» o el autobús ante cuyas paradas se formaban inmensas colas; pero, aún era demasiado temprano.

En su mayoría, los despertadores funcionaban monótonamente con su tictac, sin que sonara aún el estruendoso timbre que arrancaba a los durmientes de sus lechos entre maldiciones.

Fueron a buscar el pequeño Mini de color verde con techo blanco.

Vera se puso al volante y, pese al frío, el motor arrancó con facilidad, no había tenido tiempo de enfriarse.

Suavemente, sin maniobras bruscas, abandonaron el recinto del Blood Hospital Center siempre iluminado, donde tantos y tantos seres se hallaban encarnados, rezando por salir del centro por su

propio pie y no con los pies por delante después de pasar por la sala de disección.

Entrar en el Blood Hospital con una enfermedad o traumatismo grave era como lanzar una moneda al aire, sólo dos posibilidades, vida o muerte, cara o cruz.

¿Qué era lo mejor? Había quien salía vivo del hospital pero maldecía su suerte por haber quedado vivo pero sin brazos, sin piernas o sin ojos. Después, el tiempo cicatrizaba traumas o creaba sentimientos de profundo odio que sólo un ataúd conseguía borrar.

Dura era la tarea de quienes trabajaban en aquel centro de sufrimiento y duros tenían que hacerse sus corazones ante tanto sufrimiento para poder soportarlo; sin embargo, había quien, a fuerza de acorazarse, se tornaba cruel y despiadado.

Llorar como Janet había hecho, llorar de vez en cuando, era bueno; era como clamar que los sentimientos humanos seguían vivos, que no se habían quemado sus terminales nerviosas, que funcionaban.

—Un duchazo y un largo sueño será lo mejor para las dos, hoy hemos tenido un turno muy duro.

Circular a aquellas horas de la madrugada era fácil si se vigilaban los semáforos para no tener un encuentro trágico con algún conductor que hubiera salido de un *nigth-club* con algunas copas de más y que tomara el asfalto de la ciudad por un circuito de carreras.

El pequeño auto llegó frente a la residencia.

La calle estaba llena de automóviles, la mayoría de ellos pertenecientes a unas viviendas que distaban una o dos cuadras de allí y que no encontraban sitio para estacionar durante la noche.

—Vaya, nos han quitado el sitio —se lamentó Vera mirando el lugar casi frente a la residencia, pues dentro de ella, *madame* Diane no dejaba entrar ningún coche aparte del suyo propio.

—Sigue la calle.

—Mira, baja y mientras yo estaciono el coche, tú ya entras.

—De acuerdo.

Janet se apeó y Vera rodó despacio buscando un hueco para su vehículo hasta que encontró un espacio que había quedado gracias a lo pequeño que era, pues un automóvil mediano no cabía.

Se colocó adecuadamente, puso la marcha atrás, giró el volante

y el hueco resultó tan pequeño que necesitó tres maniobras para encajarlo entre los parachoques de los otros coches que dormían bajo las estrellas, esperando que a la amanecida sus propietarios fueran a buscarlos.

Se sintió satisfecha por poder aparcar su pequeño Mini; durante la noche resultaba muy difícil, ya que todo estaba ocupado. Deseaba que algún día *madame* Diane llegara a convencerse de que si el jardín estaba hecho una pena, podía convertirlo en *parking* para sus huéspedes, ya que había espacio suficiente.

Aceleró el paso pensando que Janet la estaría aguardando en la puerta interior de la residencia, pues se había retrasado algo en las maniobras de estacionamiento.

Le extrañó no ver la luz de la entrada encendida.

Siguió avanzando y vio asomar un bulto entre dos coches. Un perro se había puesto a ladrar furiosamente, un perro que se hallaba en una finca relativamente próxima.

—¡No, no es posible!

La exclamación escapó de la garganta de Vera al identificar unos pies, luego las piernas.

Corrió hacia el lugar y descubrió el resto del cuerpo caído entre dos coches.

—¡Janet!

La muchacha no respondió, tenía los ojos abiertos pero ya vidriosos.

Todo su cuerpo estaba ensangrentado y Vera no pudo hacer otra cosa que empezar a gritar de pánico y dolor. Ante sus gritos, comenzaron a encenderse luces, a abrirse ventanas. Luego, sonó el silbato de un *bobby*.

CAPÍTULO V

Vera había dormido en medio de pesadillas y su despertar fue súbito. Abrió los ojos y miró en derredor. La luz del día se filtraba ligeramente por la ventana.

Se sentó en la cama y se llevó las manos al rostro como para asegurarse de que estaba despierta.

—Janet —fue lo primero que dijo.

Los recuerdos desfilaron rápidos por su mente.

Recordó a la policía, las preguntas, unos pocos curiosos que habían salido de sus casas, la ambulancia de nuevo el hospital y el cuerpo de Janet lleno de horribles cuchilladas.

Un asesinato atroz. Las cuchilladas le habían alcanzado incluso la cara, dejándosela salpicada de sangre.

Uno de los médicos internos administró un sedante a Vera y después la había llevado a la residencia. Ahora, despertaba.

Se inclinó sobre sí misma y lloró, lloró con más dolor, con más congoja que lo hiciera Janet la noche anterior.

Se lavó el rostro, arregló como pudo sus ojos enrojecidos por el llanto, se vistió y bajó al saloncito. Todos los rostros estaban pálidos, sombríos. *Madame* Diane se le acercó.

—Vera, querida, la policía quiere hablarte.

—Sí, claro.

La condujeron al propio despacho de *madame* Diane Allí aguardaban dos hombres. Uno era ya maduro, de gesto hostil. Mostrarse amable, para él sería un esfuerzo.

El otro hombre se veía mucho más joven y dinámico, era atractivo.

—¿*Miss* Vera Hamilton?

—Sí, sí, soy yo.

—Soy el comisario Lancaster y él es el sargento Ranshell.

—Bien, pero creo que poco puedo decirles.

—Cualquier cosa que nos diga puede ser importante.

—Claro que sí, *ma chérie* —dijo muy amable *madame* Diane, una amabilidad poco frecuente en ella.

—Por favor, *madame* Diane, ¿nos dejará a solas con *miss* Vera? —pidió el inspector Lancaster.

—Oh, sí, lo que usted ordene. Qué horror, en nuestro barrio los sádicos asesinos dominan la noche. ¿Qué será de nosotras, mujeres solas?

—Tendrán vigilancia —le dijo el inspector, importándole poco si la tranquilizaba o no, pero era un formulismo que haría cumplir. Lo importante para el inspector Lancaster era que un caso no quedara sin resolver.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció el sargento Ranshell de *Scotland Yard*.

—No, gracias, no fumo.

La puerta se cerró, dejándoles solos.

—La víctima era amiga suya, ¿verdad?

—Amiga y compañera de profesión. Trabajábamos juntas, hacíamos el mismo turno de noche en el Blood Hospital Center.

—Lo sabemos —admitió el comisario—. Ahora que está más tranquila, si puede explicarnos cómo ocurrió.

—No lo sé.

—Pero, llegaron juntas.

—Sí, ella se apeó del coche al ver que no había sitio para aparcar. Yo rodé unos metros más lejos.

—Hemos visto su automóvil, sabemos dónde está.

—Cuando regresé, la descubrí, todo ocurrió tan rápidamente…

Unas lágrimas asomaron a los ojos azul oscuros de Vera. El sargento Ben Ranshell miró a su jefe el inspector Lancaster, interrogante.

—¿No vio a nadie?

—No, no vi a nadie.

—¿Seguro? Una sombra bastaría —le observó el sargento que tenía una voz bien timbrada, muy varonil.

—No vi ni oí nada. Recuerdo que el coche estaba difícil para aparcar, el hueco era muy pequeño. Dios mío, si no le hubiera dicho

que se apeara mientras yo aparcaba…

—No se sienta culpable, el culpable es el asesino. Posiblemente, el ruido del motor no le dejó oír lo que ocurría, quizá un grito de su amiga, aunque sabemos que fue atacada sorpresivamente. Una de las cuchilladas le fue dada en el cuello por el costado, casi viniendo por detrás. La autopsia nos dirá posiblemente que pudo cortarle la tráquea o las cuerdas vocales.

—Pero ¿por qué, por qué? —se preguntó Vera en voz alta.

—Parece la obra de un sádico —opinó Ranshell—. Le dieron doce cuchilladas.

—Ella jamás le había hecho daño a nadie, era una muchacha tan sensible… Lloró, ayer noche lloró.

—¿Lloró, por qué causa? —se interesó el inspector Lancaster.

—Era muy emocional. Le dolió mucho que la muchacha que entró en urgencias a causa de un accidente de tráfico muriera.

—¿Tenían ustedes amigos?

—¿Amigos?

—Sí, hombres que salieran con ustedes a divertirse.

—Pues, salimos en algunas ocasiones con varios hombres, a discotecas o al cine, pero nada serio.

—¿Cree que alguno pudiera estar despechado?

—¿Un crimen pasional?

—Nunca se sabe.

—No, no, inspector, me parece absurdo.

—Estamos tratando de averiguar si el asesino ha pasado casualmente por aquí o ya las conocía a ustedes y por eso las aguardaba a su regreso del hospital.

El inspector Lancaster concretó más la observación del joven sargento.

—Alguien que supiera a qué hora regresaban.

—Pues no, estoy tan confundida… ¿El asesino no robó ni dejó nada?

—Sí, dejó algo —contestó el inspector—. Huellas.

—Eso es importante, ¿no? —preguntó Vera.

—Huellas de sangre; bueno, no son huellas digitales pero sabemos que el asesino tocó a la víctima una vez estaba ya en el suelo y sangrando. Ignoramos por qué motivo lo hizo, ya que no le quitó nada.

—La vida, ¿le parece poco? —se lamentó Vera, profundamente abatida.

El inspector suspiró.

—Bien, creo que no nos puede decir nada más por el momento, pero si recuerda algo, no pierda tiempo en llamarnos. Ahora, le dará al sargento Ranshell los nombres y direcciones de todos los jóvenes que conocían, no hay que dejar ningún cabo suelto. Esta clase de crímenes suelen repetirse, desgraciadamente.

—Creen que es un loco, ¿verdad?

—Eso lo dirán los jueces. Nosotros hemos de encontrar a la persona que consideremos culpable en razón a unas pruebas, no somos jueces.

El inspector se marchó y Vera quedó a solas junto al sargento con el que se sentía más a gusto. Le dio todos los nombres y direcciones de los jóvenes que conocían, añadiendo al final:

—Ninguno me parece capaz de cometer un acto tan horrible.

—De todos modos, hay que hacer las oportunas comprobaciones. En ocasiones, quien más inocente parece puede resultar un peligroso asesino.

El sargento Ranshell se ofreció a llevarla a almorzar y luego, al hospital. Ranshell hablaba y Vera le respondía, se sentía confortada a su lado.

—Todo el tiempo me está interrogando, ¿verdad?

—No exactamente y si te parece mejor, nos tuteamos.

—Como quieras, sargento.

—Ben es más corto.

—De acuerdo, Ben. —Vera sonrió con tristeza.

El sargento encendió un cigarrillo después de estacionar el coche en el *parking* del hospital.

—Lo que estoy haciendo es acompañarte, pero al mismo tiempo ayudarte a recordar. Ha de haber algo en tu cabecita a lo que no le das importancia y que, sin embargo, puede tenerla.

—Pues creo haberlo dicho todo. Quizá desde una ventana de la residencia pudieran ver algo.

—Hemos interrogado a todas las huéspedes y ninguna vio ni oyó nada hasta que tú gritaste. De todos modos, capturaremos al asesino, lo malo es que en ocasiones hace falta mucho tiempo. Primero debemos hallar el motivo de su criminal acción y, hasta

ahora, no hemos dado con él, pero si quieres un consejo de la policía, no te fíes de nadie, ni de quien te parezca menos sospechoso.

—Y lo que creen en *Scotland Yard* es que yo puedo ser la próxima víctima, ¿verdad?

—Bueno, no tanto, pero si el asesino está en el área donde resides, no estaría de más que pidas un cambio de horario en el hospital.

—No, no pienso pedir ese cambio de horario.

—¿Por qué?

—Porque me vigilaréis, lo sé, y si el asesino va tras de mí os será más fácil capturarlo.

—No te hemos pedido que te conviertas en cebo para el asesino.

—Es lo mismo, yo seguiré con mis horarios habituales.

—Para nosotros es una ayuda; no obstante, mi deber es recomendarte que pidas unos días de descanso.

—No, ahora menos que nunca. Janet necesita justicia y si el asesino es un loco sádico, debe ser encerrado en un manicomio. Janet tenía tan buen corazón… Antes de abandonar el hospital hablábamos de lo que le había ocurrido a la muchacha del accidente que había dejado de existir en la mesa del quirófano, era como nosotras y de pronto, en poco tiempo, se había transformado en un cadáver horriblemente mutilado. Ahora es Janet la que está en la sala de autopsias. Los que fueron sus compañeros estarán abriendo su cuerpo buscando una a una las heridas para clasificarlas, analizando cada órgano, investigando en los restos de su estómago… Dios mío, qué difícil es vivir y qué fácil es morir.

Vera se apeó del coche y se despidió del sargento.

Este no pareció tener prisa por reanudar la marcha y siguió a la joven con la mirada.

Vera le había gustado desde el primer momento que la viera pese a su rostro triste, a sus ojos enrojecidos, a su aire de angustiado desconcierto.

Vera tenía unos cabellos largos y lacios rubio oscuros. Era alta, delgada, de caderas que cimbreaban con elegancia, senos redondos y turgentes.

Su boca era sensual e ingenua a la vez, y los ojos, de un bello color azul oscuro.

Le hubiera gustado pedirle para encontrarse y charlar un rato, pasear a orillas del Támesis, pero sabía que no era aquélla la mejor ocasión para manifestar sus deseos.

En la sala de autopsias, un cadáver de mujer joven, muy parecida a la propia Vera, estaba siendo escrutado con la máxima atención pese a que era fácil adivinar cuál había sido la causa de la muerte: Doce cuchilladas asestadas a traición en la madrugada cuando Janet y Vera regresaban de luchar a brazo partido con la mismísima Muerte.

CAPÍTULO VI

Durante todo el día, las entradas y salidas en la residencia de múdame Diane fueron continuas.

La policía, reporteros, familiares de las huéspedes, conocidos… Todos se interesaban por lo ocurrido, más nadie parecía saber nada y el que pretendía tener noticias era porque se las inventaba.

Mildred y Katty terminaron casi afónicas y jaquecosas de tanto hablar.

Shirley acudió a su lugar de trabajo con el rostro macilento y sombrío y los cosméticos fueron inútiles para disimular su intensa palidez.

Sus manos tenían un ligero temblor y aquel día se las lavó un mínimo de diez veces porque tenía la sensación de que quedaban restos de sangre entre sus uñas.

Ella también había respondido a las preguntas de la policía en forma rutinaria, incluso había llegado a lagrimear de congoja.

La policía había debido pensar que su llanto era producto del afecto que sentía hacia la víctima, compañera de residencia, pero en realidad Shirley lloraba asustada de sí misma.

Las dependientas a su cargo, notaron su mal humor, pero como se llegó a saber que la chica asesinada aquella madrugada vivía en el mismo lugar que la jefe de planta, trataron de sonreírle, con amabilidad.

Shirley comió en un restaurante económico y lleno de gente del centro de la City y por la tarde se introdujo en un cinematógrafo sin siquiera ver cuál era el film que se proyectaba.

Quiso olvidarse de todo viendo una diversión y no lo consiguió. En la pantalla, en vez de ver las evoluciones de una hermosa muchacha desnuda y perseguida por una especie de hombre-gorila

que gruñía y jadeaba, empeñado en atraparla, Shirley veía en forma gigantesca aquel rostro cadavérico y horroroso, con las mandíbulas separadas, mostrando los dientes amarillos y desnudos, sin labios que pudieran ocultarlos, unos dientes que eran la puerta de una garganta negra como lo más hondo de una sima.

No había ojos en las cuencas vacías del espectro; sin embargo, brillaban unos puntos luminosos y amarillentos en el interior de las órbitas, y eran como una antorcha encendida dentro de una profunda cueva y vista desde el exterior.

Aquel rostro era una calavera con vida, un ser espectral que la dominaba.

La piel le caía a colgajos por el rostro y también los largos cabellos, de tal forma que resultaba muy difícil determinar si era hombre o mujer, incluso por su voz cavernosa, lenta y maligna.

Aquel rostro de cadáver pútrido se había incrustado de tal forma en su cerebro que, fuera donde fuese, lo tenía presente, lo mismo si miraba un espejo que un escaparate.

Había instantes en que incluso creía verlo en los rostros de los ciudadanos con los que se cruzaba y los sobresaltos eran continuos.

El espíritu aparecido dentro de la bola se había apoderado de Shirley, y ella era la culpable porque lo había invocado. Todo había comenzado como un juego para escapar del tedio y, trágicamente, se había transformado en un juego de sangre.

Cuando llegó a la residencia, era la hora de la cena.

Claudia también tenía cara de haber llorado. La robusta negra jamaicana había sentido mucho la muerte de la muchacha a la que había estado atendiendo como a las demás huéspedes de la residencia.

Vera no había venido y la mesa en la que se acomodaba con Janet estaba vacía.

Sin saber por qué, Shirley se sentó en aquella mesa contra lo que era su costumbre.

Claudia la miró, Mildred y Katty también. Shirley se dio cuenta y esbozó una sonrisa de circunstancias que quedó como una mueca en su rostro.

—No tengo ganas de hablar —dijo a modo de disculpa.

Mildred y Katty se miraron entre sí y alzaron sus respectivas barbillas con actitud molesta como réplica al menosprecio que ellas

habían sentido.

Claudia sabía que aquel despego aparente entre las tres mujeres no iba a durar mucho. En otras ocasiones ya había ocurrido y terminaban por sentarse de nuevo las tres a la misma mesa.

Shirley cenó y no se quedó, a ver la televisión en el saloncito.

Katty y Mildred estaban demasiado interesadas en los últimos acontecimientos para pensar en la bola de cristal que Shirley comprara el día anterior.

No se les había ocurrido ni remotamente relacionar el brutal asesinato de Janet con la bola. Todos hablaban de un sádico psicópata que andaba suelto y ¿quién podía sospechar que la asesina era Shirley, la seria y eficiente jefe de planta de unos grandes almacenes?

Se refugió en su habitación y, una vez en ella, se quedó mirando la bola de cristal.

Para cualquiera, era una simple bola sin ninguna importancia. Shirley le tenía miedo y sabía que ya no podría escapar de ella.

Fue al pequeño aseo que consistía en un sanitario y un lavamanos pues el cuarto de baño era para toda la planta. Allí estaba su camisón ya seco, colgado casi encima del radiador que caldeaba la estancia.

No era la primera vez que lavaba su camisón u otras prendas íntimas y las ponía a secar en aquel lugar y tampoco era la única que lo hacía, Claudia lo sabía bien.

Sobre el propio radiador, la toalla también estaba seca y como endurecida, no había en las prendas huellas de sangre.

Shirley miró en derredor por si algo se le había pasado por alto pero no había rastro de sangre, tampoco sobre la bola de cristal por la que la noche pasada había posado sus manos ensangrentadas mientras en la calle ululaba la sirena de la ambulancia y los vehículos de la policía.

No la descubrirían jamás. Todo había ocurrido ya y ahora tenía en su poder una bola de cristal mágica, aunque no sabía exactamente lo que iba a conseguir con ella.

Se desnudó.

Se sentía muy cansada, notaba que sus nervios estaban a punto de dispararse. Pensó en tomar un somnífero, sería la mejor forma de pasar la noche rápidamente.

—Mírate al espejo, Shirley, mírate.

Acababa de sonar en la estancia la voz cavernosa que ya conocía bien, una voz lenta y maligna que no olvidaría jamás.

Se volvió y vio la bola de cristal encendida, si es que podía decirse que se encendía como una bombilla. Irradiaba luz, una luz pobre y fosforescente, pero se notaba el rostro del espejo aún a distancia.

Shirley le miró entre asustada y desconcertada.

—¿Qué me exiges ahora?

—No te exijo nada, mujer, sólo te recomiendo que mires tu cuerpo en el espejo. Mírate.

Shirley se acercó al armario cuya puerta era en sí misma un espejo y se examinó.

—¿Qué pasa conmigo?

—Quita toda tu ropa y podrás observarte mejor —le recomendó el espectro de la bola.

Shirley obedeció la recomendación y examinó su propia desnudez ante el espejo.

Tuvo que parpadear para poder creer lo que veía. Conocía bien su cuerpo, los efectos de los años que habían pasado por él.

Conocía sus senos que aun siendo pequeños estaban fláccidos; conocía su cintura ancha y su vientre demasiado abultado, los kilos de más, la celulitis de sus muslos…

—¡No es posible! —exclamó.

Sus pechos se habían engrandecido como por arte de magia. Eran más grandes, más turgentes, más provocativos más llenos de vida, especialmente en sus pezones cargados de color.

Todo el cuerpo se le había hecho más esbelto y los kilos de exceso se habían esfumado. Su cintura se había estrechado y sus piernas eran dignas de una atractiva modelo.

—Estás satisfecha, ¿verdad?

Shirley aproximó su rostro al espejo y se escrutó, pero la cara no había cambiado en absoluto.

—¿Y la cara?

—Todo llegará, todo llegará si tú lo deseas.

—¡Claro, claro que lo deseo! —exclamó Shirley acercándose a la bola sin cubrirse, como ofreciendo al espectro su hermosa desnudez.

—Tú eres ahora la dueña de esta bola en la que yo me hago

visible; tú eres mi protegida porque has hecho los conjuros.

—Sí, sí, soy tu protegida, tu esclava. He matado, he manchado mis manos de sangre, he hecho lo que me exigiste.

—Y has tenido tu premio.

—No es suficiente.

El espectro se rió sonoramente. Era horrible mirarlo, a Shirley le costaba mantener los ojos sobre aquel rostro cadavérico, pero sus ansias de rejuvenecerse cuando ya se veía abocada a la menopausia, eran tan grandes que estaba dispuesta a hacer lo que le pidieran.

—Puedes ser más bella y con una apariencia aún más juvenil que la chica a la que acuchillaste para llenar tus manos de sangre.

—¿Y cómo, cómo lo lograré?

—Todo llegará, Shirley, todo llegará, no tengas prisa o puedes perderlo todo.

—Haré lo que me pidas, pero, te lo suplico, no más sangre…

—Ya te has manchado con ella. ¿Qué importa volver a hacerlo?

—No quiero hacerlo —balbuceó trémula, esperando una dura réplica por parte del espectro.

—Tendrás que hacerlo para conservarte bella y joven. Podrás ascender en tu empleo, gozar del amor y la pasión de hombres jóvenes, y los poderosos harán lo que tú les pidas con tal de que les rindas tu cuerpo. Si lo deseas, yo puedo hacer que veas tu futuro.

—¿Cómo?

—¿No estás delante de una bola de cristal? —le preguntó el horrible espectro que semejaba encerrado dentro de la esfera maciza.

—¿De verdad, de verdad puedo ver mi futuro en la bola de cristal?

—¿Acaso dudas de los poderes que poseo, lo dudas después de ver tu cuerpo en el espejo, acaso no se ha transformado?

—Sí, sí, pero mi rostro todavía refleja demasiados años.

—Los años que tienes.

—Sí, pero mi cuerpo ha rejuvenecido.

—Eres insaciable, deseas que todos vean la juventud en tu rostro. No puedes esperar a mostrar tu cuerpo en las playas veraniegas, faltan meses, y tú tienes prisa por gritar que estás joven y llamar la atención.

Shirley, sin inhibiciones, sin máscaras de hipocresía, casi gritó,

encarada con la bola de cristal:

—¡Sí, sí, deseo gritar que soy joven!

Su rostro se desencajaba en aquella súplica sin ambages. ¿Qué podía pedirle más de lo que ya había llevado a cabo?

Jamás hubiera podido sospechar que su propia mano, armada con un enorme y afilado cuchillo, bajaría doce veces contra el cuerpo de una muchacha inocente y sorprendida a la que casi había tenido por amiga.

—Ahora, lo que puedo hacer por ti es mostrarte el futuro.

—Sí, sí, quiero verlo —siguió suplicando.

La imagen del espectro se esfumó, disolviéndose en la luz.

De pronto, en la bola, con la nitidez propia de un diminuto televisor portátil a color, Shirley se vio a sí misma avanzando por los grandes almacenes en los que estaba empleada.

Vio las caras asombradas de las dependientes, se vio a sí misma hermosa y elegante. El cabello semejaba haberle crecido, era como si se hubiera colocado la más hermosa de las pelucas.

Notó las miradas de los hombres que se clavaban en su busto, sobre su rostro terso, en su melena, sobre sus caderas y apretadas nalgas.

Era como si, de pronto, acabaran de descubrirla y observó que los dependientes del almacén intercambiaban cuchicheos entre ellos.

Se vio a sí misma triunfante, yendo de un lado a otro del almacén. Era como si el tiempo no contara, porque ella se veía a sí misma hablando con otras personas y luciendo vestidos distintos, vestidos elegantes y sensuales a la vez.

A los ojos de Shirley, ella misma era una orgía de belleza, de color, de elegancia y sensualidad.

Aquello era lo que había anhelado toda su vida sin conseguirlo. Su escalada profesional había sido muy dura y oscura pese a haber llegado a ser jefe de planta. Lo que no podía negársele era su eficiencia laboral y sus dotes de mando sobre las jóvenes dependientas.

Vio a una de ellas, a la que consideraba más hermosa, y comparándola consigo misma le pareció poca cosa, insignificante.

La joven le dijo unas palabras y Shirley asintió con la cabeza.

Como si estuviera viendo una película de sí misma, la escena

cambió y se vio en el elegante despacho de míster Clever, el hijo del accionista mayoritario de la empresa, el hombre que a la muerte de su padre casi sería el propietario total de los grandes almacenes.

Se había establecido una corriente de cordialidad entre míster Clever y ella. Él, de su bar camuflado en una estantería, le sirvió una copa y se sentó a su lado en el pequeño sofá. Después, le fue susurrando palabras mientras acercaba su mano a los pechos de Shirley y los acariciaba.

La mujer notó aquellas caricias como si las estuviera viviendo ella y no aquella otra Shirley que se hallaba encerrada dentro del cristal como una visión futurista de lo que podía ocurrirle.

Nuevamente cambió la escena y se vio en una elegante *suite* de un importante hotel.

Contemplaba la belleza de su cuerpo frente al espejo y, por detrás de ella, se acercó el joven y masculino míster Clever, nervudo y velludo, todo fuerza y virilidad.

Le pasó las manos, por la cintura viniéndole por detrás y la acercó hacia sí; ella notó el contacto viril.

Shirley, que se contemplaba a sí misma, ni siquiera se dio cuenta de que su respiración se hacía más profunda y jadeante, como la de aquella otra Shirley que se dejaba llevar por el amor, por el sexo, por el hombre que la tenía entre sus manos.

Bruscamente, toda la imagen desapareció y apareció el rostro horrible del espectro que se reía.

—Te gusta, ¿verdad? Lo amas, lo deseas… Ansias que te posea a ti y no a otras.

—Espectro, espectro… ¿De verdad será ése mi futuro?

—Ese será, si tú lo deseas.

—¡Claro que lo quiero!

—Pues, habrás de conseguirlo —silabeó, maliciosamente.

—¿Cómo?

—De momento, corres mucho peligro.

—¿Peligro, qué clase de peligro?

—La cárcel, el penal para toda la vida. Allí envejecerías muy rápidamente y no saldrías hasta que te llevaran a la tumba.

—¡No, eso no! ¡Tú me has prometido un futuro de triunfo, de belleza, de permanente juventud!

—Es Katty quien te puede mandar a la cárcel.

—¿Katty?

—Sí, te ha estado observando por el agujero de la cerradura.

—¡No! —exclamó sorprendida y asustada a un tiempo mientras se volvía hacia la puerta.

—Sí, ella sospecha. Si quieres alcanzar tu destino, tendrás que hacerla callar para siempre. Tus secretos no debes confiárselos a nadie, porque nadie va a guardarlos.

—¿Y si le hago jurar que no dirá nada?

—Te esperará la cárcel y tu cuerpo envejecerá rápidamente; ahora, ella puede ser tu perdición; te envidia y ha visto tu cuerpo. Hará que te encarcelen y se quedará con esta bola de cristal y con los poderes que yo puedo concederle y que ella te arrebatará, unos poderes que tú perderás.

—¡No, no quiero perderlos, no!

CAPÍTULO VII

El cirujano jefe le había pedido que se marchara a casa pero Vera se había negado.

—Yo no puedo estar pendiente de una instrumentista que se pueda equivocar cuando la vida de un ser humano está en juego —le había puntualizado el cirujano, entre paternal y duro.

—Haga lo que siempre, doctor. Usted exija el instrumental que le haga falta y si fallo me iré del quirófano.

El maduro pero fuerte e inteligente médico la observó con atención. Sonrió débilmente y después dijo:

—No dudes que lo haré, pero, pase lo que pase, eres una muchacha fuerte y responsable. Cuento contigo.

En su turno de urgencia, Vera tuvo que ayudar en tres intervenciones quirúrgicas. No hubo un solo fallo, ni una vacilación en su trabajo. Su eficiencia fue la de siempre. Vera supo cumplir como era habitual en ella.

El cirujano jefe, al acercarse la hora del final del turno nocturno, se acercó a Vera y le preguntó:

—¿Me permites?

Vera parpadeó desconcertada.

—Sí.

La cogió por las mejillas y le dio un beso en la frente.

—Eres muy valiente. Tengo una hija estudiando, ya lo sabes.

—Sí, sí, ya lo sé.

—Me gustaría que fuera como tú. ¿Quieres que te lleve a tu alojamiento?

—No, no es necesario, llevo mi coche.

—Como quieras.

Vera se tomó un café doble de la máquina y luego se fue en

busca de su pequeño Mini verde con techo blanco. Instintivamente, miró en derredor. Todo parecía estar bien.

Las farolas iluminaban la noche, una noche fría pero con el cielo limpio de nubes. Le agradó ver las estrellas, era como si se sintiera más acompañada.

Subió a su pequeño automóvil y abandonó el hospital. No tenía prisa por atravesar la ciudad. Nunca rodaba rápido pese a que el asfalto, casi vacío de circulación, incitaba a pisar el acelerador.

Ella, como profesional del servicio de urgencias del Blood Hospital Center, sabía muy bien que quienes durante la noche tomaban las calles como circuitos de carreras, terminaban en el quirófano más tarde o más temprano.

El tanto por ciento de accidentados sobre vehículos en movimiento era infinitamente superior durante la noche que de día, pese a los pocos que circulaban.

Observó que dos faros de automóvil la seguían a distancia y comenzó a inquietarse.

Aceleró y el otro vehículo hizo lo mismo, pero como mantenía Ja distancia, no se salió de la ruta habitual que seguía de regreso a la residencia de *madame* Diane.

Cuando enfiló la calle en que se ubicaba la residencia, volvió a mirar el espejo retrovisor y ya no vio los faros que antes la habían seguido. Suspiró.

La calle estaba muy tranquila y solitaria; parecía increíble que la noche anterior se hubiera cometido allí un brutal asesinato.

Buscó un lugar para estacionar y, sorpresivamente, descubrió que había bastantes huecos, más que nunca llegando de madrugada.

Estacionó el auto con facilidad.

Apagó las luces pero se quedó quieta en la oscuridad del coche. La calle estaba iluminada por las farolas, no se veía a nadie y Vera tuvo miedo, pero sabía que debía hacerle frente.

Ella había escogido regresar de madrugada. Todos le habían dado la oportunidad de que aquella noche no fuera al hospital; incluso, la dirección del hospital le habría cambiado el horario con solo pedirlo.

Transcurrieron unos minutos que se le antojaron eternos y viendo que nadie pasaba por la calle, ni siquiera un automóvil, decidió abandonar el Mini.

Se apeó y echó a andar hacia la residencia que estaba muy cerca. No corrió, deseaba vencer su propio miedo cuando, de improvisó:

—¡Ah!

La figura humana, oscura y alucinante, salió de detrás de la tapia vecina con la residencia de *madame* Diane. Todo ocurrió muy rápido.

Vera se lo vio venir encima y también vio brillar algo en su mano. Vera chilló de miedo, retrocediendo un par de pasos, pero el empuje que llevaba aquel ser que se abalanzó sobre ella la derribó.

Sonaron los silbatos de la policía y una mano fuerte agarró la muñeca armada del atacante que seguía gritando en forma alucinada.

No menos de seis policías uniformados ayudaron a quien había llegado allí en primer lugar.

El atacante que espumeaba por la boca, fue reducido en pocos segundos. Las esposas se cerraron en torno a sus muñecas. Vera aún no podía respirar bien cuando el hombre que había acudido primero en su ayuda le preguntaba:

—¿Te encuentras bien?

—¡Ben!

El sargento Ranshell le ayudó a incorporarse mientras dos vehículos policiales se acercaban y el atacante era introducido en uno de ellos.

—Creí que me iba a matar.

Uno de los agentes mostró un puñal cromado, puntiagudo pero sin filo, al sargento Ranshell.

—No toque la empuñadura y llévelo a comisaría.

—Sí, sargento Ranshell —aceptó el joven.

—¿Seguro que no te ha lastimado? —insistió Ranshell mirando a la muchacha.

—No, no ha llegado a apuñalarme.

El sargento Ranshell la atrajo hacia sí y Vera sé desahogó con un corto sollozo.

—Es mejor que llores, hay que sacar el susto de dentro.

Se abrieron ventanas y también la puerta de la residencia. En ella aparecieron *madame* Diane y Claudia a su lado. Esta llevaba una garrota dura y gruesa en su mano y considerando la robustez de

la jamaicana, era de tener en cuenta.

Ben acompañó a Vera hasta detenerse junto a las otras mujeres.

—¿Qué ha sido?

—Ya pueden dormir tranquilas, el supuesto asesino psicópata ha sido arrestado, ya no volverá a pasar por aquí.

—¿Te ha atacado, *ma chérie*? —le preguntó *madame* Diane, muy solícita.

—Sí, por poco me apuñala; menos mal que el sargento Ranshell estaba vigilándome a distancia.

—Suerte que tenemos una policía eficiente —se felicitó *madame* Diane.

—Si llega a dar conmigo, le rompo, la cabeza con esto —manifestó Claudia mostrando la sólida garrota.

—Bien, mañana por la mañana pasaré a verla, *miss* Hamilton.

Ranshell se despidió y *madame* Diane, con aire maternal, la cogió por una mano y le dijo:

—Ven conmigo, hija, ven. Claudia te preparará una tisana que te tranquilizará.

—No, no es necesario.

—Claro que sí es necesario. Claudia, prepárale una infusión calmante.

En la escalera aparecieron varias de las huéspedes apresuradamente cubiertas con batas. Hicieron muchas preguntas, pero *madame* Diane, autoritaria, las acalló.

—A dormir, a dormir… La chica está un poco asustada y tiene que tomarse una tisana. No teman, ya han capturado al asesino.

—¿Quién era? —interrogó una de las mujeres con voz chillona.

—No lo sabemos —dijo Claudia.

—Era joven, creo que un loco. No sé más —explico Vera. Temía derrumbarse de un instante a otro y deseaba llegar cuanto antes a su cama.

—Ahora vengo, querida —le dijo *madame* Diane dispuesta a obligar a hacer entrar en sus respectivas habitaciones a las demás huéspedes que estaban notablemente excitadas.

—Queremos saber, tenemos derecho, somos ciudadanas como las demás —protestó Mildred, la divorciada.

—¡Claudia!

—Sí, *madame* Diane.

—Prepara un cazo grande de infusión de hierbas calmantes, que haya para todas. Creo que va a hacer falta un tonel.

Vera se dejó caer en una butaca. Claudia se fue a la cocina y vio desaparecer a *madame* Diane hacia lo alto. Las voces le llegaron lejanas y por encima de ellas oyó claramente el maullido lastimero de la gata «Blacky».

—¡«Blacky»! —llamo.

Sabía que la gata acudía a su llamada, pero esta vez no acudió.

Como sea que los quejidos lastimeros continuaban, Vera terminó por levantarse y acudir a donde la gata se quejaba. La descubrió arañando la puerta del sótano.

—¿Qué te sucede, «Blacky»?

La gata insistió con sus maullidos de queja mientras arañaba la puerta con sus zarpas.

—¿No me quieres decir nada? —le preguntó Vera como si el pequeño felino tuviera capacidad para responderle.

Se acuclilló, le tenía afecto a la gata, pero al acercarle la mano, «Blacky» le dio un zarpazo, alcanzándole en el dorso de la mano.

—¡Ay!

—¿Qué sucede, *ma chérie*? —preguntó *madame* Diane que llegaba junto a ella en aquel momento.

—«Blacky» está nerviosa, me ha arañado.

—A ver, a ver… ¡Esta bruja de gata, fuera, fuera de aquí!

«Blacky» recibió un puntapié que la desplazó y gimió con fuerza en su gama de maullidos.

—No es nada.

—Con sus cachorros se pone insoportable; ahora querrá ir al sótano y no quiero que vaya allí, luego se mean y huele a demonios. Claudia no quiere bajar a limpiarlo, dice que todo está muy sucio y que sólo faltan los gatos. Ven, ven conmigo, te limpiaré los arañazos.

Cuando las dos mujeres se alejaron hacia la cocina donde ya olía a la infusión de hierbas medicinales, la gata negra regresó a la puerta del sótano y rascó con insistencia la madera con sus uñas desnudas mientras maullaba en tono más bajo.

Al otro lado de la puerta, al fondo de las escaleras que daban acceso al sótano, en las tinieblas de aquel lugar, había algo que la gata buscaba, pero la puerta se hallaba cerrada y la llave no estaba

en la cerradura.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué te ha pasado en la mano? —Antes de que Vera respondiera, el joven sargento Ranshell hizo una segunda pregunta—. ¿Te tocó el puñal?

—No, no fue aquel loco sino la gata «Blacky».

—¿La gata?

—Sí, la gata de la residencia. Tiene cachorros y está de mal genio.

—¿Te lo has desinfectado?

—Sí, claro.

—No hubiera clavado sus uñas en un ratón y te contaminaras con alguna enfermedad.

—La propia *madame* Diane limpió mis heridas; no tienen ninguna importancia, sólo son unos rasguños.

—Vamos, sólo tendrás que dictar tu testimonio y firmar; del resto se encargará la policía y la justicia.

—Sí, sí, estoy un poco nerviosa.

—No tienes por qué estarlo.

Mientras se acercaban al automóvil de Ben Ranshell, la muchacha preguntó:

—¿Tendré que verle?

—Bueno, como le atrapamos en pleno asalto, no tendrás que pasar por el procedimiento de identificación; sin embargo, es posible que te muestren algunas fotografías para ver si le conocías de algo.

—No, no le conozco.

—Sé que lo viste ayer noche cuando te atacó y cuando nos lo llevamos, pero tú estabas afectada y él tampoco estaba en su mejor momento; además, llevaba una peluca.

—No me di cuenta.

—Es una de esas pelucas que se pegan; no es tan joven como parecía.

Ranshell puso el coche en marcha y se sumergió en el tráfico de la City, rumbo a la comisaría.

—¿Qué harán con él?

—No lo sé. De momento, tendrá que visitarlo el psiquiatra asegura que lo de anoche sólo era una gracia.

—¿Una gracia? —repitió, sorprendida y molesta a un tiempo.

—Sí, una broma. Admite que es una broma de mal gusto, pero eso es todo.

—¿Tan cínico es?

—Pensamos que está loco, pero los psiquiatras tienen la palabra.

—¿Y el monstruoso asesinato de Janet también era una broma?

Ranshell miró hacia adelante. Aquel día, el cielo había amanecido grisáceo, era como si de madrugada las nubes se hubieran posado sobre la gran metrópoli de forma furtiva, dejando a los ciudadanos sin sol y el frío parecía más intenso.

—Asegura que él no asesinó a Janet.

—¿Se atreve a negarlo?

—De momento está incomunicado a la espera de que le revise el psiquiatra, no es bueno que los periodistas se acerquen a él.

—¿Por qué hablas de los periodistas ahora, Ben?

—¿Por qué? Tom Adams, así se llama ese sujeto, asegura que tiene una coartada, que él no pudo matar a Janet. Como comprenderás, no es conveniente divulgar esto, podría volver a cundir el pánico.

—¿Quieres decir que de verdad no fue ese Tom Adams el asesino de Janet?

—Yo no he dicho tal cosa, no soy juez ni jurado, sólo soy un sargento de policía y actuaré de testimonio el día del juicio.

—Pero tú has querido insinuar que ese Tom Adams no es el asesino.

Ranshell suspiró mientras se detenía frente a un semáforo en rojo.

—No sería la primera vez que después de un crimen repugnante y sádico apareciera un loco atribuyéndose la paternidad del monstruoso delito.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Eso pregúntaselo a los psiquiatras y no a mí; el asunto es que si la coartada se comprueba, el caso no quedará cerrado.

—¿El asesino puede continuar suelto?

—Sí. Después de todo, sólo hemos detenido a un hombre que te atacó a ti, eso es homicidio frustrado, pero no se ha dictado ningún veredicto de culpabilidad respecto al crimen de Janet y si encima es un psicópata que sólo pretende llamar la atención, todo se complica más.

—Dios mío, no entiendo nada, nada.

—Es que la realidad de la vida, no es tan sencilla como la pintan en los telefilmes de serie.

Vera respiró hondo, el pesimismo regresaba a ella. Cuando todo parecía solucionado, de nuevo surgían las dudas. ¿Volvería a encontrarse con un psicópata atacándola con un cuchillo?

La sola idea de que se repitiera la escena de la noche anterior, la hizo estremecer de miedo.

Ranshell había llegado a tiempo de detener la mano armada; quizá el loco no pretendía clavar el puñal con d que iba armado, quizá sabía incluso que la policía le atraparía porque los había visto vigilando la zona, pero siempre quedaba la duda de que en el ataque, fingido o real, en el último instante la mano asestara la puñalada asesina. Luego, el arrepentimiento ya no serviría de nada.

Cualquier psiquiatra le diría que fingir asesinar a alguien para llamar la atención o para gastar una broma, no era más que una forma encubierta de expresar los deseos ocultos en el subconsciente del supuesto bromista y en el momento de la excitación final, la mano asesina quedaba descontrolada del sentido racional y mataba.

En la comisaría hizo su declaración frente al inspector Lancaster y en presencia del sargento Ranshell mientras un agente administrativo pasaba a máquina lo que ella decía.

Luego, le mostraron a Tom Adams, recluido en una celda protegida con rejilla.

—¿Lo ha visto antes de ahora? —preguntó el inspector.

—No.

Tom Adams se la quedó mirando, se rió un poco y luego dijo en voz alta para que le oyeran todos:

—Si sólo fue una broma, no es para ponerse así…

—Dios mío, no entiendo nada —musitó Vera.

El inspector la tomó por el brazo, apartándola de aquel lugar.

—Ya verá ése lo que sucede cuando se gastan cierta clase de bromas, claro que si su abogado alega locura pasajera… De todos modos, nadie le librará de pasar por el manicomio.

Cuando se quedó a solas con Ben Ranshell, Vera opinó:

—No parece un loco.

—Ahora no, pero anoche, ¿recuerdas anoche?

—Sí —suspiró—, anoche sí lo parecía.

—Pues así son muchos psicópatas. En el momento de su locura son terribles, pero luego parecen las personas más normales del mundo. Si no los atrapas justo en el instante de cometer el crimen, después es muy difícil probar nada. Será mejor que ahora vayamos a almorzar. ¿Me dejas que te invite?

—No tengo apetito.

—Cuando estés en el restaurante te vendrá el hambre. Vamos.

CAPÍTULO IX

—Shirley, Shirley, ¿has visto a Katty?

Mildred se mostraba agitada, nerviosa, casi aturdida.

—No, no la he visto —respondió Shirley muy serena—. ¿Vais a salir juntas esta tarde?

De pronto, Mildred se echó a sollozar sin previo aviso. Parecía derrumbarse por momentos.

—Se ha marchado, se ha marchado y me ha dejado sola.

—Bueno, si se ha ido, estaba en su derecho. No era tu hermana, tu madre ni tu hija, sólo una conocida.

—Era mi amiga —dijo Mildred con voz trémula.

—Bueno, las amistades llega un día que se rompen.

—Pero ¿por qué? Éramos tan amigas…

Shirley se calzó unos guantes. Estaba elegante y hermosa, notablemente rejuvenecida. Se sentía más segura de sí misma y no parecía preocuparse lo más mínimo por la ausencia de Katty.

—Así es la vida, querida. La verdad es que no sabía que iba a abandonar la residencia, me ha sorprendido la noticia.

—Ni yo —gruñó hosca *madame* Diane, acercándose—. Se ha marchado sin pagarme la última mensualidad.

—Se le habrá olvidado —objetó Shirley tratando de quitar dureza a la situación.

—Jamás lo hubiera pensado de ella. Marcharse así, sin avisar a nadie y sin pagar —se quejó *madame* Diane—. Yo lo siento, pero tendré que denunciarla a la policía.

—¿Denunciarla a la policía? —repitió Shirley, palideciendo ligeramente.

—Sí, estoy en mi derecho, se ha marchado sin pagar, Si dejara que lo hiciera ella, podrían hacerlo todas. Cuando supieran que iban

a marcharse, no dirían nada y un mes antes ya no me pagarían. No, no puede ser, sería un pésimo ejemplo para las demás huéspedes.

—Yo esperaría unos días, *madame* Diane.

—¿Unos días, por qué, Shirley?

—¿Sabes dónde está? —preguntó Mildred, buscando una respuesta en los ojos de Shirley.

—No, por supuesto que no, pero quizá cuando llegue a su destino mande desde allá una carta con la factura. ¿Cuánto llegó a deberle, *madame* Diane?

—Ochenta y cuatro libras, es mucho dinero.

—Yo creo que le podrá pagar; la pensión de viudedad que cobraba era suficiente.

—Sí, era suficiente, pero desde que algunas mujeres se han aficionado tanto al bingo, el dinero, sea el que fuere, ya no les llega para nada.

—Estoy convencida de que Katty le enviará un cheque cualquier día de éstos, se estará instalando, aunque sí es raro que no haya avisado; quizá sea que no le gustan las despedidas.

—Está bien, esperaré un poco, pero si pasan más de diez días sin noticias suyas, la denunciaré a la policía, no quiero quedarme sin mis ochenta y cuatro libras, Yo no soy una hermanita de la caridad, esto es un establecimiento público del que tengo que alimentarme.

—Claro que sí, *madame* Diane, por eso todas le pagamos.

—Eso de que todas pagan, habría mucho que decir… Por cierto, Shirley, se ve usted muy guapa.

—¿Usted cree?

—Cualquiera diría que se ha quitado quince años de encima.

Shirley sonrió satisfecha y respondió:

—Favor que usted me hace.

—¿Ha ido a algún instituto de belleza de esos tan modernos de que hablan ahora?

—Pues sí. La verdad es que me han hecho un buen tratamiento. Para mi empleo se necesita tener una presencia elegante.

—Usted siempre ha sido elegante, Shirley —opinó *madame* Diane—, pero es que además ahora se ve muy joven. ¿Cómo ha hecho para perder kilos? Con lo difícil que es…

—Sí, sí, pareces más joven, estás muy bonita —le dijo Mildred, como si las lágrimas no le hubieran permitido ver antes mejor a

Shirley, con la que había estado conversando.

—Lo que ocurre es que me cuido. Me cuesta un buen dinero, pero es que no quiero envejecer.

—Envejecer es ley de vida —puntualizó *madame* Diane que se sentía más vieja e incómoda al lado de la atractiva Shirley.

—Sí, es ley de vida, pero si una se sabe cuidar, la vejez se retrasa. Hay muchas artistas de cine que con más años que yo hacen primeros papeles de jovencitas. Hoy día hay muchas cosas para conservar el cuerpo y la belleza del rostro. ¿De verdad me ven más rejuvenecida?

—Sí, mucho, mucho —exclamó ahora Mildred—. Diría que es cosa de magia.

—Oh, no hay magia que valga.

—Bueno, si usted va a un instituto de belleza y es tan bueno como parece, puedes recomendármelo —dijo *madame* Diane—. Después de todo, yo puedo pagarlo.

—Oh, lo siento, pero es que a mí me hacen un precio especial.

—Ah —exclamó Mildred, abriendo mucho la boca.

—Se trata de una promoción, ahora no puedo decir nada. Incluso me han propuesto que yo sea la imagen en sus espots publicitarios de televisión.

—¿Saldrás en la tele? —se admiró Mildred.

—No sé si aceptaré, claro que el espot se pasaría por toda Europa. En fin —se tocó el cabello con cuidado—, las dejo, tengo prisa.

—Un momento, un momento —pidió *madame* Diane.

—¿Qué?

—¿La peluca también la venden ellos, me refiero a los del instituto de belleza?

—No —se sonrió Shirley, orgullosísima—. Si no es peluca, es mi propio cabello.

—¡No es posible! —exclamó Mildred, aturdida.

—Sí, mi cabello revitalizado. Parece mentira como puede cambiar después de un tratamiento, ¿verdad?

—¡Es asombroso! —opinó Mildred.

—Pero posible. Bueno, tengo que marcharme.

Abandonó la residencia dejando a Mildred y a *madame* Diane francamente perplejas.

El día estaba plomizo y a Shirley le pareció inundado de sol. Sentía ligereza en sus piernas. Notaba que sus pulmones podían inundarse con más cantidad de aire, con un aire fresco que no la molestaba sino que le agradaba. Era como si sintiera su cuerpo con el vigor de sus primeros veinte años.

Normalmente, tomaba el autobús para ir al centro de la ciudad donde se ubicaban los grandes almacenes, pero aquel día llevaba en su bolso unas llaves.

Anduvo hasta el final de la calle donde se hallaba estacionado un automóvil grande y viejo, con un abultado portaequipajes. Aquel coche pertenecía a la viuda Katty, era una de las contadas cosas heredadas de su esposo ya fallecido.

Shirley se detuvo junto al vetusto vehículo.

Miró en derredor con disimulo, por si alguien pudiera estar observándola. No vio a nadie cerca e introdujo una de las llaves en la cerradura de la portezuela, forcejeando con ella. En realidad, la cerradura estaba tan vieja que bailaba.

Consiguió abrir la portezuela y se introdujo rápidamente en el coche. Se sentó frente al volante, puso la llave en el contacto y dio al encendido.

El viejo y casi ruinoso automóvil runruneó, mas no se puso en marcha. Shirley, nerviosa, insistió y lo hizo varias veces consecutivas.

El automóvil runruneaba, pero el motor no arrancaba por completo. Cuando aflojaba la presión de la llave del contacto, el motor se quedaba quieto.

De pronto, por la otra acera, descubrió a Claudia, la robusta y joven jamaicana que arrastraba un carrito de la compra que llevaba repleto de viandas, de regreso a la residencia.

Claudia, atraída por los insistentes gruñidos del viejo coche, miró hacia él.

Las dos mujeres se miraron un instante, pero Claudia no se detuvo, siguió su camino hacia la residencia.

Shirley frunció el ceño, muy preocupada. Volvió a dar al contacto sin conseguir poner el vehículo en marcha. Irritada ya, salió del coche y cerró de un brusco portazo.

Se alejó caminando aprisa y paró un taxi que pasaba cerca.

—Estúpida, estúpida —comenzó a mascullar.

—¿Le ocurre algo, mistress?

La voz del chófer la sacó de su ensimismamiento.

Todo había ido bien, demasiado bien hasta que el maldito coche no había querido ponerse en marcha y Claudia la había visto dentro del vehículo que todos sabían pertenecía a la desaparecida Katty.

CAPÍTULO X

El cuerpo de Janet fue envuelto en un sudario y colocado dentro del ataúd. Este fue observado, luego cerrado y sellado.

Se llenaron los impresos de rigor en presencia de Vera. Esta dio la última mirada a su amiga y compañera antes de que una camilla rodante se llevara el ataúd hacia un furgón que esperaba en una de las puertas del Blood Hospital Center.

—Ya no hay nada que hacer —le dijo el cirujano jefe.

—No podré olvidarlo jamás.

—Hoy sí que no te quedas, todos sabemos lo que te ocurrió anoche. Ya he hablado con administración y tienes unos días de descanso.

Vera hizo ademán de protestar, pero el cirujano jefe cruzó su índice delante de sus propios labios, pidiéndole silencio.

La joven enfermera instrumentista sonrió con tristeza y luego abandonó el hospital.

Afuera la aguardaba el sargento Ranshell.

—¿Todo bien?

—Ajá, si es que puede decirse bien.

Echaron a andar juntos.

—Se llevan el cuerpo a Lanark, ¿no es cierto?

—Sí, allí vive su familia. Será enterrada en el cementerio local; por lo menos, tendrá flores de vez en cuando.

—¿Y si tú murieras? Ya sé que es una pregunta estúpida, pero como hemos nacido para morir…

Vera se encogió de hombros.

—Que aprovechen de mi cuerpo lo que puedan y después, que incineren mis restos. ¿De qué iban a servirle a mi espíritu unos despojos que no serían reflejo de lo que soy?

—¿Dejó Janet su cuerpo al hospital?

—Sí, se han podido donar sus riñones y utilizar sus ojos. Ella llevaba entre su documentación la tarjeta de donante, en el hospital ya lo sabían. Alguien que estaba condenado a la muerte o a la ceguera vivirá o verá gracias a ella.

—¿No es un poco triste beneficiarse así?

—Cuando no se es culpable de la muerte del donante, en absoluto. Hay que estar en un hospital para sentir el dolor de los que esperan porque quieren vivir o quieren ver. ¿Te imaginas lo que es pasar varias horas, tres o cuatro días por semana, en un aparato de diálisis porque tus riñones no funcionan correctamente? Es una esclavitud difícil de comprender. En fin, hay muchas cosas que solucionar.

—Sí, nosotros, los hombres de la policía, también nos encontramos con el dolor de las gentes convertidas en víctimas por causa de los delincuentes. En muchas ocasiones no sabemos bien por qué se cometen algunos delitos, los hay muy extraños, pero a nosotros siempre nos queda la víctima, lo que no siempre encontramos es al culpable. Lo vuestro, en el hospital, es más hermoso; se os presenta la víctima y en vez de buscar a un culpable, buscáis a un donante, alguien que beneficie a esa víctima.

—Sí, es muy diferente. Yo comprendo al que desea hacer un bien al prójimo, lo que no puedo entender es el hacer daño, el atacar por atacar, por segar una vida como hicieron con Janet.

Ben Ranshell sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a la muchacha que negó con la cabeza.

—La maldad abunda más que el bien.

Vera hundió las manos en los bolsillos de su gabardina y pidió:

—No me hagas mucho caso, Ben, tengo la moral baja.

—Es lógico. ¿Dónde quieres que te lleve?

—¿Estás de servicio para protegerme?

—No, estoy libre de servicio. Estoy a tu lado por placer propio.

Vera le sonrió, mirándole un poco de reojo.

—Gracias. Yo también estoy libre, me han impuesto descanso. Creo que, de insistir en trabajar en el quirófano, más que una heroína sería una inconsciente. En ocasiones puede tomarse a alguien por héroe y, sin embargo, lo que hace es por propia necesidad, sin que ello entrañe ningún heroísmo. En mi caso,

sumergirme en el trabajo del quirófano es olvidarme de mis preocupaciones, lo malo es que pondría en riesgo la vida de los seres indefensos que son colocados en la mesa de operaciones.

—Te felicito, Vera, poca gente sabe apartarse por sí misma cuando está estorbando.

—Sí, en muchas ocasiones no nos damos cuenta de que ocupamos un lugar que hemos de dejar.

De súbito, Vera pasó una de sus manos por el brazo del hombre y le preguntó:

—¿Adónde me llevas? —Hizo un breve silencio y añadió—: Si me quedo sola, me voy a poner a llorar bajo un árbol que tenga más aspecto triste que yo.

—Te llevaré a un lugar un poco especial; puede que te guste o que no vuelvas a pedirme jamás que te lleve a ninguna parte.

—Sea donde sea, vamos, no tengo ganas de quedarme sola.

Subieron al automóvil de Ben Ranshell y éste se alejó de la City. Llegaron a una especie de hotelito frente al que Ranshell se estacionó.

Vera miró la edificación situada en medio de un amplio parque, pues superaba las dimensiones de lo que podía llamarse jardín.

—¿Qué es esto?

—Un centro de tranquilidad anímica. Ellos lo llaman «Vive y deja vivir» y los que están fuera lo llaman comuna.

—¿Una comuna de alguna secta especial?

—No exactamente. En realidad, los jóvenes que viven ahí dentro no se preocupan de conocer a nadie, viven y dejan vivir, ya te lo he dicho.

—¿Los vigila la policía?

—En principio sí, por las drogas, pero ya nos hemos convencido de que no hay drogas. No es un lugar de corrupción, niegan las drogas, pero todas, incluidos el alcohol y el tabaco.

—¿Y el que toma alcohol o fuma, como estás haciendo tú ahora?

—Los demás le invitan a que se vaya.

Ben aplastó el cigarrillo en el cenicero del coche y se apearon del automóvil.

Rebasaron la puerta de reja que estaba abierta y donde nadie vigilaba y se adentraron en el parque.

Bajo un cielo plomizo pudieron ver a una joven danzarina

asiática que bailaba al compás de una música oriental que tocaba en el salterio un hombre barbudo y fornido.

Más allá, seis jóvenes puestos en fila, sin mirarse entre sí, practicaban yoga con muy escasa ropa sobre la hierba que estaba fría.

—Ven, dentro hay más.

Había quien pintaba, quien hacía cestos y varios que leían. Nadie parecía preocuparse de nadie; era como un museo en día de visita.

Se podía entrar, mirar, casi escrutar y luego marcharse sin hacer el menor comentario.

—¿Y de qué viven?

—De lo que ganan vendiendo.

—Entonces, unos tendrán más que otros.

—No, no es así. Sea lo que fuere lo que les paguen, lo echan al interior de un buzón y de ese buzón sacan el dinero para comer. En realidad, comen lo mismo cada día.

—¿Siempre igual? —se asombró Vera.

—Sí, son vegetarianos.

—¿Y no enferman?

—Ya lo creo que sí, pero parece importarles poco. Aquí no sólo enferman sino también mueren, lo que no parece afectar lo más mínimo a los demás.

—No me gusta.

—¿Por qué?

—Éste ensimismamiento no deja de ser una forma de egoísmo. No me gusta eso de poner la mente en blanco y olvidarse del resto del mundo.

—Pues no creas que es fácil.

—¿Lo has intentado?

—Lo intenté en una ocasión, tenía unos años menos.

—¿Te gustó?

—No logré aclimatarme. Hay comunas en las que se desatan todos los vicios, es cierto, pero en ésta y otras similares, eso no ocurre. Estos que ves aquí no intentan arreglar el mundo; no acuden los días festivos a Hyde Park para lanzar sus peroratas políticas ni religiosas.

—Yo estuve una vez en la isla de Wight.

—¿Tú?

—Sí, precisamente fui con Janet.

—¿Curiosidad?

—Sí.

—¿Y?

—Nos volvimos; en el hospital nos acostumbramos a muchas cosas, pero aquella vida se me antojó horrible.

—¿Prefieres el *establisement*?

—No, la verdad es que no.

—Si no te gusta la isla de Wight con su peculiar forma de vivir ni la vida de estos que tienes alrededor ni la vida confortable, ¿qué es lo que tú prefieres?

—Lo cierto es que no lo sé. Cuando me pongo a pensar sobre ello quedo confundida.

—Quizá deseas la mezcla de todo un poco.

—Posiblemente.

—Cuando paso horas vigilando en la noche con frío, también me hago muchas preguntas. ¿Estoy en esta vida para permanecer agazapado como un cazador de hombres, como una alimaña dispuesta a saltar sobre ellos?

—No, no, tú estás para defender la vida estable.

—Sí, todos pensamos que estamos para algo o para lo que nos dicen otros que estamos. Es un poco complicado, pero la realidad no es siempre la que nos cuentan, la que nos hacen creer.

—Si hay un asesino que mata, es lógico que haya un policía para que capture al asesino.

—Sí, eso es cierto, porque de lo contrario el asesino seguiría matando; sin embargo, cuando piensas todas esas cosas mientras estás montando una vigilancia en medio de la noche y con frío, todo se ve de forma distinta. Dudas y buscas tu arma con la mano y ya no sabes si deseas empuñarla para hacer justicia, para defenderte o por instinto nato de cazador.

—Sí, ciertamente es un poco complicado. ¿Por qué no piensas en otra cosa?

—No creas que estoy de moral baja, simplemente trato de decir que si tú te sientes confundida, yo también.

Sin hablar con nadie, sin ser interpelados, salieron de aquella comunidad donde cada cual se preocupaba de sí mismo y de su

espíritu sin egoísmo material pero sí espiritual.

Ya en la calle, él hundió las manos en su gabán y dijo:

—Me temo que no he acertado con la diversión.

—Yo no diría tanto. Creo que ha servido para que nos entendamos los dos un poco mejor.

—Y ahora, ¿qué? ¿Ir al cine, al teatro, a una discoteca?

—¿Vives solo?

—Sí, en un mini apartamento; bueno, en realidad es un estudio.

—Eso es vivir con más libertad que en una residencia.

—Sí —aceptó Ben—, pero he de prepararme mi desayuno mientras que del tuyo se ocupa *madame* Diane.

—De todos modos, me gustará ver cómo vive un sargento de *Scotland Yard* sin familia.

—No te puedo servir de ejemplo; estoy seguro de que si lo vieran algunos de mis superiores se horrorizarían. Mi estudio tiene algo de estudiante y algo de anarquista; en realidad, no casa con un sargento de *Scotland Yard*.

—Quizá no quieres enseñármelo porque hay algo allí que no deseas que vea una intrusa.

—Pues tengo algo que te sorprenderá.

—¿Seguro? —preguntó ella.

Él no respondió. Subieron de nuevo al automóvil y abandonaron aquel centro de «Vive y deja vivir».

El apartamento estudio de Ben Ranshell se hallaba en una especie de buhardilla en un edificio relativamente moderno, podía decirse que la edificación tenía confort.

Subieron en el ascensor y ya en el estudio, Vera abrió mucho los ojos al entrar para ver.

El lugar era espacioso. Cerca de la chimenea había un sofá amplio y en las paredes había dos estanterías con libros de todas clases y frente a un amplísimo ventanal, un piano.

—Un piano, ¿sabes tocarlo?

—Sí, era de mi madre. No he querido desprenderme de él pese a que me ofrecían una buena cantidad.

—¿Tienes estudios de música?

—Muy justos, no soy ningún profesor, pero me gusta tocarlo cuando siento la soledad.

—¿Siempre la soledad?

—Casi siempre.
—¿No vienen chicas aquí?
—La verdad, no soy ningún célibe, pero las citas con chicas prefiero tenerlas en otra parte.
—¿Por qué?
—Para que no me roben mi intimidad.
—De modo que este apartamento estudio es como tu santuario.
—Poco más o menos. Mira, aquella puerta es el cuarto de baño y si levantas ese panel que es una pintura, aparecerá una minicocina.
—¿Y el dormitorio?
—No hay ninguno.
—¿Duermes en el sofá? —preguntó Vera, señalando el amplio sofá que quedaba frente a la chimenea.
—Sí. Con un par de movimientos se transforma en una amplia y cómoda cama, no me hace falta más y en esa pared están disimulados los armarios para la ropa y mis trastos viejos. La verdad es que no poseo muchas cosas, todo lo que tengo puedes verlo con solo girar sobre tus pies: un pequeño televisor para estar al día, que no creo que se queme de lo poco que lo uso, la mesa, el piano.
—Me gusta.
—¿De verdad?
—Sí, me gusta, tiene calor. No sé cómo explicarlo, no es tan hostil como la residencia. Aquí, si quieres, lanzas una cosa por el aire y nadie te dice nada. Esto es tuyo y nadie viene a gruñirte, puedes encender la chimenea y adormecerte a la luz de las llamas. ¿Por qué no tocas un poco el piano?
—No te va a gustar.
—¿Por qué no?
—Suelo tocar mi propia versión de los temas que me gustan. Es un tranquilizante para mí tocar el piano, y para ser un tranquilizante evito someterme a unas normas, a unas reglas, por eso toco la música según mi particular estado de ánimo.
—Seguro que me gustará.
—Bien, por ahí encontrarás bebida, haz café si quieres. Prefiero que hagas algo en vez de quedarte quieta escuchándome.
—¿No te gustan los mirones?
—No, me ponen nervioso, prefiero despreocuparme.
—Bien, tú toca el piano y yo ya encontraré lo que sea.

Ranshell encendió la chimenea y cuando el fuego fue vivo y el estudio olió a leña, en mangas de camisa y con la corbata aflojada, se sentó frente al piano.

Levantó la tapa del teclado y se quedó un instante pensativo ante él; luego, comenzó a tocar una versión propia de una partitura de Beethoven.

Cuando terminó la pieza musical, notó las manos de la chica sobre sus hombros y el busto de ella como cojín para su nuca.

—Soberbio, pero me da la impresión de que estás sensual…

—¿Estaría mal que un sargento de *Scotland Yard* te pidiera que lo besaras?

Vera se inclinó sobre él y buscó sus labios.

El sofá-cama resultó amplio, confortable.

Vera y Ben se besaron, gozaron, buscaron el éxtasis en el amor y sus cuerpos desnudos se comunicaron, aislados en aquel apartamento alejado de los problemas de la calle. Suspiros, jadeos, ansiedad, besos, amor, amor…

Las llamas dentro de la chimenea ya no eran altas. Ben las observó mientras Vera se acercaba más a él.

—¿Soy la primera en hacer el amor en este nido?

—Sí.

—¿Por qué yo?

—Me gustas de forma distinta, no eres sólo sexo para mí.

—¿No? Pues hace unos pocos momentos hubiera jurado que sí.

—Porque era el instante de comunicarse con el sexo, y el sexo, tú que eres inteligente, sabes bien que no sólo está bajo el vientre y entre las piernas; el sexo está en todo el cuerpo, por eso me gusta tocarte, acariciarte, besar tus pechos que son espléndidos…

—Sí, y a mí me gusta el vello de tu pecho.

—¡Ay!

—No aguantas nada —se rió ella divertida.

—Conque no aguanto nada, ¿eh? Ahora verás.

—Eh, ¿otra vez? ¡Cuidado, cuidado!

Capítulo XI

Shirley cerró la puerta de su habitación y puso el cerrojillo que evitaba que pudiera ser sorprendida mientras se hallaba durmiendo o simplemente no deseaba ser molestada.

Fue hacia la ventana y corrió las cortinas; después, ya a oscuras, se encaró con la bola de cristal.

Aguardó y, poco a poco, la bola se fue iluminando como lo habría hecho cualquier objeto revestido de pintura fosforescente.

Shirley, que se había habituado a mirar aquel rostro cuya visión producía horror, observó cómo se iba perfilando, como si llegara de alguna parte, del núcleo de la bola misma.

Tenía miedo al espectro pero sabía que ya no podía prescindir de la belleza y rejuvenecimiento conseguidos. Debía hacer un esfuerzo para controlarse a sí misma y quedar frente a frente con aquella cara cadavérica, repugnante y maligna a la vez.

—¿Cómo has pasado el día, Shirley?

—Bien.

—Mientes.

—¿Por qué habría de mentir?

—Eres más bella y más joven, te lo han dicho. Te has sentido satisfecha, has podido comprobar que mis poderes son reales.

—Lo acepto, pero…

—¿Qué sucede, Shirley, ahora que te sientes bien quieres dejar de verme?

—¿Cuánto más puedo rejuvenecer?

—Hasta que al mirarte a un espejo te sientas plenamente satisfecha, depende de ti.

—Quiero saber si mi belleza, mi rejuvenecimiento, puede desaparecer mañana.

El espectro cadavérico, con su habitual voz cavernosa, lenta y profunda, infrahumana, comenzó a reír en larga y sarcástica carcajada, tan maligna como aquellas diminutas luces que casi llameaban en el fondo de sus cuencas vacías, como antorchas de brea encendidas dentro de una siniestra cueva.

—¿Tienes miedo?

—No, no, confío en ti, te he dado la sangre que me pedías.

Sin dejar de reír, el espectro de la bola de cristal respondió:

—Yo no quería la sangre sino tu conjuro, tu entrega a la maldad.

—¿Por qué?

—Porque yo también he de servir a mis amos, los príncipes del averno; pero ¿para qué hablar de eso? Tú sólo estás preocupada por tu belleza, por tu rejuvenecimiento y para conservar lo que has conseguido eres capaz de cualquier cosa.

—¿Qué más puedo hacer ya? He matado, sí, he matado, mis manos están manchadas en sangre.

—Como tu conciencia.

—Sí, es cierto. ¿Y qué puedo hacer ya?

—Seguir adelante. Nada te ocurrirá mientras me sirvas, mientras hagas lo que te pida.

—Quiero saber, saber, saber.

—Siempre no hay una respuesta concreta. Puede que conserves tu juventud y tu belleza durante décadas y décadas como si hubieras escapado a la ley del envejecimiento a que estáis sometidos todos los mortales.

—¿De verdad conseguiré no envejecer?

—Podría ser —comenzó a decir de forma ambigua, no exenta de burla, de sadismo, de quien juega con su víctima.

—Tú tratas de decirme más, ¿no es cierto?

—Sí, puede ser también que te quedes ahora como con veinte años si rejuveneces un poco más tal como deseas y los años que pasen de los veinte no cuenten para tu envejecimiento. Eso es mucho, ¿no crees?

—Sí, sí es mucho.

—Pero…

El espectro, maligno y repulsivo, dejó en suspenso su voz.

—Pero ¿qué? —apremió la mujer.

—Podrías perder todo lo que has conseguido en sólo unos

instantes.

—¡No, eso no! —suplicó Shirley, asustada.

—Es más, poseo poderes suficientes como para hacer que envejezcas lo mismo que has rejuvenecido en poco, muy poco tiempo. ¿Te imaginas, ahora que posees un cuerpo bello y deseado por los hombres? Porque, tú has visto los ojos de los hombres que te miraban, que te deseaban, que casi te devoraban.

—Sí, sí, lo he visto y deseo que siga, lo deseo. —Shirley mordió las palabras; había probado ya unas sensaciones que creía olvidadas para siempre y no deseaba volverlas a perder.

—Imagínate si al amanecer te encontraras con el cuerpo y el aspecto de una mujer de ochenta años, ajada, arrugada, casi sin poder valerte por ti misma.

—¡No, no, no! —suplicó Shirley, más aterrada que si el espectro se dispusiera a abandonar la bola de cristal en que parecía encerrado para avanzar sobre ella y violarla con su repugnante y pútrida fealdad de cadáver corrompido.

—Está bien, está bien, no temas. Haz cuanto te pida y tu belleza, pictórica de juventud, permanecerá en ese cuerpo al que amas tanto; sin embargo…

Shirley se impacientó.

—Sin embargo, ¿qué?

—Estás a punto de perderlo todo.

—¿Por qué? —preguntó, temblándole ligeramente los labios.

—La justicia de los hombres puede caer sobre ti y aplastarte como la bota de un soldado aplastaría a una hormiga sobre un suelo de mármol.

—No, no me cogerán, nadie sospecha de mí, nadie.

—Mientes.

—No —respondió dubitativa, como una niña cogida en falta.

Desde el interior de su bola de cristal en la que ejercía sus poderes, el espectro movió sus mandíbulas huesudas donde se hallaban los dientes desnudos por encima de las encías, unos dientes amarillos carcomidos en algunas partes y que semejaban extraordinariamente largos.

—Claudia, la negra, sospecha de ti.

—No, no lo creo.

—Mientes, Shirley, mientes, y tus embustes no pueden

engañarme porque yo leo en tu mente. Tu cerebro es un libro abierto para mí, un libro lleno de imágenes. Claudia te ha visto, Claudia te ha visto —repitió, como si fuera un taladro que metiera su broca perforante en el cráneo de la mujer, sometida a aquel maligno espíritu—. Te ha visto, te ha visto…

—¡No, no! —repitió ella, llevándose las manos a los oídos como para taponárselos.

—Claudia te ha visto en el coche de Katty. Cuando la desaparición de Katty comience a infundir sospechas, hablará de ti. ¿Cómo se iba a marchar la viuda Katty dejando su coche abandonado en la calle?

—Yo quería llevarlo a otra parte y abandonarlo, pero no se ha puesto en marcha.

—Lo sé, lo sé, las cosas no salen siempre como uno quiere. Claudia es tu peligro más inmediato.

—Ha estado a punto de contarle a *madame* Diane que te ha visto dentro del coche de la viuda Katty tratando de ponerlo en marcha. Cuando se sepa por la policía que el loco que atacó anoche a la joven Vera no es el asesino de Janet, sospecharán de ti; llamarán a *Scotland Yard*, te vendrán a buscar y te harán muchas preguntas, vacilarás y terminarás por confesar.

—Claudia no dirá nada.

Sí lo dirá, en la próxima ocasión que tenga. Quizá al amanecer, cuando le sirva el desayuno a *madame* Diana.

—¿Por qué, por qué tengo que matar tanto?

—A los ojos de la justicia de los mortales, tan culpable eres por segar la vida de dos mujeres que de cuatro o seis. Te queda poco tiempo; si dejas escapar la oportunidad al alba, ya será tarde. ¿De qué te habrá servido conseguir rejuvenecer tu cuerpo, alcanzar una belleza que ni siquiera tuviste en tu juventud si se cerrará ante ti la puerta de acero de un penal que te aislará del resto del mundo para siempre jamás?

Claudia, que se había sentido nerviosa y no sabía exactamente por qué; acabó atribuyéndolo a los desagradables acontecimientos habidos y a la aparición del supuesto psicópata asesino.

Madame Diane le había hecho limpiar con desinfectante la

habitación de la viuda Katty y ésta quedó limpia. Katty se había llevado sus dos maletas con todo lo que tenía dentro de ellas y Claudia no se explicaba bien cómo la débil viuda Katty había podido marcharse con dos maletas llenas.

Madame Diane tenía una explicación para ese hecho.

—Con tal de no pagarme lo que me ha dejado a deber, se habrá llevado las maletas a rastras y las habrá empujado escaleras abajo. Como los escalones están enmoquetados, le habrá sido fácil no hacer ruido. La muy…

La habitación supuestamente abandonada por la viuda Katty había quedado lista para recibir a una nueva posible huésped.

La divorciada Mildred se había pasado el día gimoteando por la sorpresiva pérdida de su amiga que, según sus lamentos, la había abandonado sin decirle adiós, lo que consideraba una especie de traición.

Claudia había tenido un día atareado; *madame* Diane, salvo darle algunas órdenes muy tajantes, apenas le había prestado atención. Se había puesto uno de sus mejores vestidos y había recibido a los periodistas para contarles lo sucedido la noche anterior según su versión.

Se lamentaba de que los sucesos hubieran ocurrido frente a su residencia, lo que podía quitarle posibles nuevos huéspedes, pero que, como confiaba en *Scotland Yard*, el problema había quedado resuelto y ahora su residencia era la más segura de Londres, la más limpia y la mejor atendida.

Madame Diane no perdió la ocasión para hacer publicidad de su establecimiento.

Claudia se pasó el día trabajando y se sentía muy agotada; sin embargo, no concilio bien el sueño. Sabía que había algo en su cabeza que no encajaba y no sabía exactamente el qué.

Dio muchas vueltas en su camastro dentro del cuartucho que le había destinado *madame* Diane. Se sorprendió cuando, después de haber dado vueltas y más vueltas sobre sí misma, llamaron a la puerta de su reducto con los nudillos.

—¿Claudia?

—¿Quién es? —preguntó la negra jamaicana, molesta, aunque no era ni muchísimo menos la primera vez que, de madrugada, llamaban a su puerta para pedirle que limpiara algo o preparara

una infusión.

Volvieron a llamar a la puerta en forma insistente pero sin responder a su interpelación.

Claudia bufó y se incorporó en la cama, Se puso por encima una bata llena de colorido y se acercó a la puerta, abriéndola.

—Claudia.

—Ah, es usted, *miss* Shirley.

Shirley también se cubría con una bata y llevaba el cabello suelto, se veía joven y hermosa. Claudia lo observó así a la luz Je su propio dormitorio.

—Ven, Claudia, por favor.

—¿Qué pasa?

—Ven, ven, hay algo que no puede ser…

Claudia medio se encogió de hombros y salió del cuarto siguiendo a Shirley, que ya se alejaba como una figura blanca por el corredor.

Claudia no receló nada, era demasiado simple en cuanto a recelos. Cuando se encontró frente a la puerta del sótano y a Shirley señalando a la gata que maullaba quejicosa contra la puerta, se quedó perpleja.

—Pero ¿qué sucede?

«Blacky» no me deja dormir, está arañando esta puerta y quejándose toda la noche.

Los grandes ojos de Claudia parpadearon, incrédulos.

—¿La oye desde su habitación?

—Sí. ¿Por qué no dejas que la gata baje al sótano, que es lo que parece desear?

Lo que sucedía, a Claudia le pareció inconcebible. Miró entonces la cerradura de la puerta y vio que la llave del sótano estaba colocada allí.

—¿Por qué no la ha dejado pasar usted misma, si tanto le molestaba? —preguntó.

—Porque yo no soy de la casa, compréndelo, sólo soy una huésped.

Claudia lanzó una especie de maldición en un lenguaje que Shirley no pudo entender, quizá fueran reminiscencias de una lengua legada por sus ancestros africanos.

—Está bien, dejaremos pasar a «Blacky» —gruñó Claudia,

conteniendo las ganas de darle un puntapié a la gata negra que miraba a ambas mujeres.

Cuando Claudia abrió la puerta, la gata se filtró rápidamente por la abertura, al tiempo que Claudia notaba algo helado y candente a la vez que traspasaba su cuerpo.

Se volvió y se vio frente a Shirley que había transformado su rostro, desencajado por la brutal excitación del momento.

—¡Ag!

Apenas pudo gritar, porque el largo y afilado cuchillo se clavó en su garganta, cortando el inicio de alarido que iba a lanzar.

El cuchillo salió de su cuerpo para volver a entrar una y otra vez, penetrando en su pecho, por entre las mamas.

La puerta, por efecto de un movimiento de mano, se abrió y Claudia, con los ojos muy abiertos por la terrible sorpresa, sangrando por todo su cuerpo, cayó hacia atrás y rodó escaleras abajo.

Shirley, jadeante, con el cuerpo empapado de sudor bajo la bata, aguardó a que el cuerpo de Claudia dejara de dar golpes mientras caía por las escaleras hacia el fondo del sótano. Fue una caída que se le antojó eterna.

Al fin, dejó de escucharse el ruido y Shirley miró a un lado y a otro. Después, se introdujo en el sótano. Cerró la puerta y tanteando la pared, dio al interruptor. Una débil bombilla se encendió abajo.

Con el cuchillo en la mano, Shirley comenzó a descender. Al pie de la escalera estaba el cadáver de la infeliz Claudia, cubierta de sangre, sangre que había manchado los peldaños.

«Blacky», la gata, continuó maullando lastimeramente frente a un cajón de madera encajado en un rincón y que tenía encima varios trastos viejos y unos sacos sucios.

Del interior del cajón brotaban tenues maullidos a los que Shirley no hizo el menor caso.

Se enfrentó con el cadáver de Claudia y lo observó con atención. Después, limpió cuidadosamente el cuchillo en la propia bata de su víctima que había quedado entreabierta.

Shirley se observó a sí misma y vio sangre en su propia bata blanca. En tono bajo, se dijo:

—Lástima, esta noche tendré que lavar un poco.

CAPÍTULO XII

Vera se estaba peinando los cabellos en el cuarto de aseo del apartamento estudio de Ben Ranshell cuando éste se le acercó por la espalda.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí hasta el desayuno?

—No. Tú entras de servicio dentro de un rato, ¿no es eso?

—Sí, pero…

Se volvió hacia él y le besó en los labios.

—Ha sido un juego, Ben.

—¿Sólo un juego?

—Nos hemos comunicado, como dicen algunos.

Él la enlazó por la cintura y la atrajo hacia sí sin que Vera ofreciera resistencia alguna.

—¿No te gustaría vivir aquí en vez de quedarte en la residencia?

Ella le miró con aire interrogante.

—¿Qué es lo que me estás proponiendo, Ben?

—¿Tú qué crees?

—No sé, viniendo la proposición de un sargento de *Scotland Yard* y además joven, no acabo de creer que me propongas ser tu amante.

—¿Si fuera un inspector con años sí podría proponértelo?

—Cuando se tienen años y no se quiere estar solo y delante se tiene a una chica joven y bonita, pues…

—¿Cuántos te lo han propuesto?

Ella, fingiendo darse importancia, contestó:

—Algunos.

—Lógico.

—¿Por qué?

—Como tú has dicho, eres joven y bonita. Dime, ¿han sido

médicos?

—Pues sí, pero no sólo ellos.

—¿Nunca has sido amante de nadie?

—Cómo te habrás dado cuenta, ya sabía lo que era el amor, pero mis primeras experiencias no me complacieron y preferí olvidarlo.

—¿Y ahora?

—¿Pretendes que hinche tu vanidad masculina?

—Sólo quiero que me digas la verdad.

—No sé, no sé, dicen que hay verdades que las mujeres nunca debemos confesar.

—Eso era en tiempos de la moral victoriana, querida.

—¡Granuja! Sí, sí que me ha complacido…

Aplastó su rostro contra el pecho de él y no por rubor, simplemente porque deseaba notar contra su mejilla el contacto del cuerpo varonil.

—¿Por qué no te quedas conmigo?

—¿En calidad de qué? —preguntó Vera, sin volver la cabeza, sin mirarle a los ojos.

—En calidad de lo que quieras.

—Prefiero no precipitarme; no quiero ser el día de mañana una mujer divorciada, no me gusta ese rol.

—Podemos probar primero…

—¡Granuja! Anda, suéltame, que vas a llegar tarde a tu puesto. Además, no me gustaría que mi marido tuviera que levantarse de madrugada para acudir a un servicio.

—No es lo normal.

—¿Un caso especial?

—Sí. Por cierto, tampoco me gustaría que mi esposa llegara a casa de madrugada, exponiéndose al asalto de todos los psicópatas de la ciudad.

—¿Acaso tendría que dejar mi empleo? Te advierto que amo mi profesión y me siento a gusto en ella.

—No, sólo te pediría que hicieras un cambio de horario; no me gusta hacer el amor por teléfono.

No tardaron en salir del estudio.

Ben Ranshell se puso al volante de su automóvil y condujo sin prisas. Se sentía bien, a gusto, tranquilo.

—¿Piensas que vivir diariamente juntos es lo mismo que gozar

un rato en tu sofá cama?

—No, por supuesto que no, pero aparte de…

Vera sonrió.

Quedaban ya lejos las lágrimas por su amiga asesinada. Hacía pocas horas que el furgón con el ataúd había partido para la ciudad natal de Janet donde ésta sería enterrada; sin embargo, parecían haber transcurrido años.

La vida de Vera estaba cambiando de forma acelerada, lo que ni siquiera había imaginado estaba sucediendo.

El sargento Ranshell la atraía y había podido comprobar que ella también resultaba muy atrayente para el joven y atlético policía.

Llegaron a las inmediaciones de la residencia de *madame* Diane. La calle se había vuelto a llenar de automóviles.

Ben se estacionó en uno de los pocos huecos que quedaban y Vera intuyó que no tenía mucha prisa por marcharse.

—La calle vuelve a estar tranquila.

—Sin embargo, hay que seguir vigilando —objetó él.

—¿No crees que el asesino sea el que me atacó?

—No podría asegurarlo; pienso que ese sujeto ha de ser puesto en manos de los psiquiatras, pero algo me dice que él sólo acudió buscando popularidad. Hay muchos locos como él. No te confíes, Vera, ten mucho cuidado. De todos modos, creo que habrá un agente vigilando por aquí cerca. Si te sucede algo, no dudes en gritar. En la noche, un grito se oye lejos.

—Procuraré gritar, si es que no me pilla por sorpresa.

No te fíes de nadie, nunca se sabe quién puede ser el asesino. Es muy distinto cuando nos encontramos a sujetos que se ve que van a asaltarnos. El sádico que mata por placer y no para robar, ese tipo de asesino desconcierta porque se esconde detrás del rostro más afable en apariencia.

—No me fiaré de nadie, te lo prometo.

—Está bien. Mañana te telefonearé y luego te recogeré para que almorcemos juntos.

—Tú lo das todo por hecho.

—¿Por qué no? Hay que irse acostumbrando.

—De acuerdo, aunque te advierto que no soy buena cocinera.

—De momento no te he pedido que me prepares el almuerzo, te invito a un *self Service*. Para mí lo importante no es la comida sino

estar contigo.

—Eso lo dices ahora, veremos qué opinas dentro de diez años.

—Espero que en diez años aprenderás a hacer un huevo frito.

—Tanto como eso…

Se besaron y Vera abandonó el automóvil. Se dirigió a la residencia, acercándose a las paredes y no a los coches donde fuera asesinada Janet.

Penetró en el descuidado jardín y luego pasó a la edificación. No oyó todavía el motor del coche de Ben. Introdujo el llavín en la cerradura.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió a la escalera para subir a su habitación cuando oyó el maullido lejano de la gata «Blacky». Se miró los arañazos de la mano.

Subió los dos primeros peldaños. Volvió a oír el maullido de la gata, suspiró, y descendió de nuevo.

Fue hacia el corredor y llegó hasta la puerta que daba acceso al sótano, deteniéndose allí. Los maullidos venían del otro lado de la puerta pero no cerca sino lejos; no cabía duda de que se hallaba al fondo del sótano.

Se dio cuenta entonces de que había manchas en la puerta y en el suelo. Las tocó y comprobó que era sangre.

—¿Se habrá hecho daño la gata? —se preguntó.

La llave estaba en la puerta, sólo tuvo que coger la manecilla, moverla y estirar hacia sí. La puerta cedió y entonces se dio cuenta de que la luz estaba encendida.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, alzando la voz.

«¡Miau!», fue la única respuesta.

—¡«Blacky», ven!

«¡Miau!».

—Vaya, ¿qué te habrá pasado? —Dudó, la luz encendida la hizo recelar y preguntó de nuevo—: ¿Hay alguien ahí?

La única respuesta fue la de la gata, que no parecía dispuesta a acudir a la llamada de Vera.

En principio, tuvo intención de volver a cerrar la puerta, mas no lo hizo. Miró el interruptor, lo apagó y aguardó. No se produjo ninguna reacción extraña, sólo la gata que seguía quejándose.

—No hay nadie —musitó Vera.

Volvió a encender la luz y comenzó a descender los peldaños

hacia el fondo.

El sótano era amplio y estaba lleno de trastos en desuso. Allí estaba la vieja caldera de la calefacción, ya inutilizada, pues *madame* Diane había hecho instalar un nuevo sistema de calefactores que evitaban la contaminación del gran Londres.

La calefacción de la residencia de *madame* Diane tampoco contaminaba el aire de la ciudad.

Vera se sintió a disgusto en el sótano; no le agradaba aquel lugar donde jamás entraba la luz del sol.

Descubrió a «Blacky» frente a una gran caja de madera llena de trastos. La gata miró a Vera y ésta le dijo:

—No voy a fiarme de ti.

«¡Miau!».

—Mira mi mano, ya me arañaste.

«¡Miau!».

—Bueno, pareces muy suplicante. ¿Qué es lo que te ocurre?

Entonces, la joven escuchó los maullidos débiles de los gatitos.

—¿No me digas que tus cachorros se han metido en esa caja?

«¡Miau!».

—Vaya.

Suspiró, se acercó a la caja y aplicó su oreja a la misma. Pudo oír con más claridad los maullidos leves y agudos de los pequeños galos. Se apartó y miró la caja por su exterior.

—¿Cómo se han metido dentro?

Apartó de encima de la caja los trastos allí acumulados y se enfrentó con la vieja tapa de madera. La gata seguía atenía todos sus movimientos.

Vera forcejeó con la tapa mientras «Blacky» clavaba sus uñas en la madera para encaramarse.

Los finos maullidos de los gatitos se hicieron más audibles y asomaron sus cabezas dentro de la caja, entre unas maletas. De pronto, Vera descubrió algo que en principio la dejó anonadada.

—¡La viuda Katty!

Vio las horribles heridas en su cuello y lanzó un grito cuando, por detrás de ella, una sombra avanzó rápida.

La gata gritó ferozmente, con la cabeza y las patas atrapadas por la caída de la tapa.

Vera, al volverse, vio avanzar hacía sí, corriendo, a una figura

humana con el cuchillo alzado, un cuchillo que despidió destellos al reverberar la luz de la bombilla que iluminaba el sótano.

—¡Estúpida, estúpida! —gritó la mujer a la que, en principio, Vera no reconoció.

Se revolvió, arrojándole un bolso, viejo y duro, de cuero, que dio a Shirley en la cara, cuando ésta ya descargaba la cuchillada asesina sobre Vera.

La muchacha notó la quemazón en su brazo y la sangre fluyó rápida, pero no se entretuvo en mirarse a sí misma y esquivando una nueva cuchillada, corrió hacia la escalera cuando «Blacky» trepaba por la bata de Shirley, arañándola.

«¡Miau!».

Shirley, enloquecida, traspasó a la gata de parte a parte con su cuchillo; sin embargo, no pudo evitar ser arañada.

Vera corrió escaleras arriba gritando desaforadamente.

Shirley consiguió desembarazarse de la gata acuchillada y también trepó por la escalera, tratando de alcanzar a Vera por la espalda, pero cuando ya creía conseguirlo, la joven enfermera cerró la puerta violentamente y volteó la llave.

Tomó aire mientras Shirley gritaba y golpeaba la puerta desde el otro lado al verse encerrada.

Sangrando por el brazo, tambaleante, Vera fue hacia la puerta que daba al exterior. El aire frío de la calle acarició su rostro acalorado por la excitación y el esfuerzo realizado para conseguir huir de la asesina. Comenzó a gritar.

Casi de inmediato, se escuchó el silbato de un policía e instantes después aparecían dos hombres frente a la verja; uno iba uniformado y al otro le reconoció de inmediato.

—¡Ben, Ben!

—¿Qué ha pasado?

—¡Ben, menos mal que no te habías marchado aún!

El policía entró en la residencia buscando algo. Se quedó como desorientado en el saloncito al no ver a nadie.

—Vera, tienes sangre.

—Por poco acaba conmigo como hizo con Janet y con la viuda Katty.

—¿La viuda Katty?

—Sí, Ben. Está en el sótano, metida en una caja, acuchillada.

Todas creíamos que había abandonado la residencia sin despedirse, pero está abajo, es horrible. Yo, yo quería ayudar a «Blacky»…

—¿«Blacky»?

—Si, la gata, sus cachorros habían quedado dentro de la caja. No entiendo cómo se metieron allí, debió de meterlos el mismísimo diablo.

—¿Sargento?

—¡Al sótano, agente, al sótano! —exclamó Ben Ranshell.

—¿Dónde está el sótano?

—Yo, yo se lo digo, pero está armada, es una asesina.

—¿Quién es? —preguntó Ben Ranshell mientras avanzaba junto a Vera y el agente.

—No lo sé bien, pero…

—Di —apremió Ben.

—Tiene un aire parecido a Shirley, una de las huéspedes, pero no es posible, es demasiado joven para ser ella…

—¿Qué ocurre? —preguntó *madame* Diane, apareciendo en el pasillo alarmada por las voces.

—Por favor, *madame* Diane, ¿puede comprobar si Shirley está en su cuarto?

—¿Shirley?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por favor, compruébelo —le apremió el sargento Ranshell.

—Un momento, avisaré a Claudia y ella irá a ver.

Mientras *madame* Diane se alejaba hacia el cuartucho de Claudia, Vera se enfrentó con la puerta que daba acceso al sótano. La llave estaba puesta en la cerradura.

El agente uniformado aproximó su oreja a la hoja de madera y observó:

—No se oye nada.

—Está abajo, no ha podido salir.

—¿Abrimos, sargento?

Mientras aparecieron dos agentes uniformados más. Cruzaron la puerta abierta y saludaron al sargento Ranshell que les dijo:

—El asesino de la muchacha en la calle está ahí dentro, en el sótano, y se trata de una mujer.

—Qué raro —comentó *madame* Diane, regresando junto a ellos.

—¿Qué es raro? —le preguntó el sargento.

—Claudia no está en su habitación.

Ranshell miró a Vera, interrogante.

—¿Puede ser Claudia?

—No, no, la asesina es blanca. Parece Shirley, pero es muy joven.

—Entonces, es Shirley —dijo *madame* Diane, mientras otras huéspedes se acercaban a curiosear.

—¿Por qué dices que es ella? —le preguntó Vera, ya más repuesta y confortada por la presencia de Ben y los agentes en la residencia.

—Dice que iba a un instituto de belleza donde la rejuvenecían en gran manera. La verdad es que nos dejó sorprendidas a todas, pero no quiso revelar de qué instituto se trataba.

—¿Abrimos, sargento? —preguntó uno de los agentes.

—Sí, pero tomaremos precauciones.

Dieron vuelta a la llave despacio y después, abrieron la puerta. No se oía nada. Luego, escucharon unos maullidos muy débiles. La luz estaba encendida.

—Despejen, despejen, por favor —pidió uno de los agentes.

Ben Ranshell fue el primero en cruzar el umbral y comenzó a descender. No llevaba armas, pero confiaba en su destreza para la lucha por si era atacado.

Abajo, en el sótano, se encontró con una mujer tendida en el suelo, cubierta con una bata. Estaba muerta. En su abdomen asomaba el mango de un cuchillo; tenía los ojos abiertos y uno de los agentes comentó:

—Pobre vieja.

—Qué fealdad —opinó otro.

—Hay que buscar a la mujer joven. Cuidado, porque puede aparecer por alguna parte.

Comenzaron a registrar el sótano minuciosamente; encontraron a la gata muerta y la caja con el cadáver de la viuda Katty.

—Esta tampoco es joven, sargento.

Ranshell se acercó y dijo:

—Debe ser la viuda Katty. Saque a los gatitos de ahí dentro, agente.

—Si, sargento.

—¡Sargento, sargento, aquí hay otro cadáver!

Ben Ranshell acudió junto al policía y bajo unos viejos sacos de carbón apareció el cuerpo de la negra jamaicana.

—Es Claudia, pero ¿quién será la vieja muerta con el cuchillo en el abdomen? —Luego, añadió—: Habrá que recurrir a las huellas dactilares.

EPILOGO

Mildred sonrió circunstancialmente a Vera y a Ben Ranshell que se llevaba las maletas de la joven hacia su automóvil, ya que ésta había decidido marcharse con el joven policía.

—Que te vaya bien, Vera, pero no te olvides de pasar por el juez de paz. El matrimonio es el mejor estado de la mujer.

—¡Adiós a todas! —se despidió Vera, y se alejó de la residencia con Ben Ranshell.

Poco después, cargada con un cesto que parecía pesar mucho, Mildred salió a la calle sonriendo a todo el mundo pero acelerando el paso.

Tomó el «bus» y se dirigió al centro de la ciudad hasta que consiguió llegar frente a la extraña tienda de míster Woodson.

Se acercó al escaparate y observó brevemente los libros y revistas expuestos con las imágenes y símbolos satánicos, los amuletos y fetiches colgados. Al fin, se decidió a empujar la puerta y entrar en el comercio.

Míster Woodson salió a atenderla desde detrás del mostrador.

—Usted dirá, señora. ¿Desea una pulsera contra el reuma?

—Oh, no, le traigo una cosa a usted.

—¿Una cosa?

Del interior del cesto, envuelta en un viejo jersey, Mildred extrajo la pesada bola de cristal con pie de bronce, que depositó sobre el mostrador.

—Esta bola yo la conozco —comentó Woodson.

—Es auténtica.

—Sí, sí, ya sé, todos me lo dicen. ¿Y qué quiere usted por ella?

—Se la vendo por veinte libras, ya no me hace taita.

—Creo recordar que se la vendí a otra mujer.

—Por veinticinco libras. Ella se ha cansado de la bola y me la ha dado a mí, pero como yo no sé jugar a eso de adivinar el futuro, si me da veinte libras, es suya, toda una ganga.

—Diez.

—Hum, es usted muy buen comerciante…

—Es mi profesión.

—Está bien, diez.

—De acuerdo, aquí tiene sus diez libras —aceptó, entregándole los billetes.

Mildred sonrió con expresión beatífica. Inclinó ligeramente la cabeza, tocada con un sombrero de flores de tela y salió a la calle.

Mientras míster Woodson observaba la bola de cristal, se escuchó un escalofriante frenazo. Después, gritos en la calle…

FIN